

Capítulo I

TEATRO FIDUCIARIO DE LA PRISA ESPAÑOLA

Oh, extranjeros, antes de que ustedes vinieran a vivir con nosotros, éramos felices, la vida se deslizaba en orden. Apenas ustedes llegaron, nos sentimos contentos porque nos trajeron muchas cosas hermosas. Todas las noches retardábamos la hora del sueño para departir con ustedes, sorber el café, fumar su tabaco, escuchar su radio. Pero ahora que ustedes se van, nos quedamos tristes porque todas esas cosas se van con ustedes. Ahora conocemos muchas cosas cómodas y útiles, nuevas para nosotros, y en adelante seremos infelices.

Del discurso de despedida a una expedición etnológica estadounidense pronunciado por el jefe de la tribu amazónica de los mundurucú.

I.1. La cámara de las cámaras

Este es el tiempo del láser en la jungla.
Láseres, en algún lugar de la jungla.
Señales sincopadas de información constante.
Un dudoso sindicato de millonarios y billonarios.
Una llamada de larga distancia.
El modo sigiloso como la cámara nos acecha.
El modo como nos miramos a nosotros mismos.
El modo como miramos a esa constelación distante,
que muere en un rincón del cosmos.
Y no llores tesoro, no llores.¹

«En España nunca llevan a los turistas a ver el Nou Camp ni el Bernabeu.»² Hace ya más de tres décadas que el codornicesco sabio triculto (profesor militar, ejecutivo hostelero y escritor) puso esta queja aparente y aparentemente menor en boca de uno de los personajes secundarios de sus novelas, el señor Esteban Granell, industrial catalán dueño de la mayor fábrica de patatas fritas de la Costa Brava, el gracioso de un grupo de turistas españoles que visitan el Parque Olímpico de Tokio. Destacada en negrita en las páginas de toda guía de viajes que se precie de ofrecer a sus lectores internacionales “lo mejor de España”: la visita guiada al templo futbolístico donde juega sus partidos de casa el Fútbol Club Barcelona. «Uno de los museos más visitados de Barcelona es el **Museu del Fútbol Club Barcelona**. [...] Aquellos aficionados al fútbol que no tengan la suerte de encontrar entradas para un partido del Barça no deben, sin embargo, perderse la visita al museo. Lo mejor son la sección de fotos, los vídeos de los goles, y las vistas superiores del estadio.»³ Nosotros, por nuestra parte, hemos decidido empezar la visita al Gran Teatro de la Prisa Española introduciéndonos en el templo contrario, cuyo retrato robot comercial no aparecía aun en la última actualización del verano de 2006 de la *Lonely Planet's Spain*. Entramos, pues, en el corazón neo retroimperial de la sede central madrileña de la tienda «España en venta»: la sala de trofeos del Estadio Santiago Bernabeu.

Somos llegados a la cámara del tesoro de los ángeles blancos, una estancia conocida popularmente como Sala de Campeones o de las Nueve Copas, que mañana serán diez. Somos llegados Guaci y yo. Guacimara ha venido de visita a Madrid un par de días desde Los Llanos de Aridane, la capital económica de la Isla de la Palma, en la provincia occidental del archipiélago canario. Viaje, estancia en hotel y dietas de manutención corren a cargo de su empresa, pues Guaci –léase Guasi–, que es auxiliar

administrativa contratada de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, ha de asistir a un curso de formación que se imparte en la sede central de la UNED en Madrid para familiarizarse con las nuevas utilidades añadidas en la última versión del programa informático del que se sirve para tramitar las matrículas de sus estudiantes palmeros. Yo me vine a vivir Madrid hace ahora unos doce años desde un pueblo cercano, al pie de la Sierra de Guadarrama, con una beca de la Universidad Complutense. Primero compartí alquiler en la zona de Iglesia, luego, contratado ya como profesor por la UNED, alquilé un piso por mi cuenta en la Plaza del Dos de Mayo, y finalmente me fui a vivir con mi novia a su piso de Lavapiés. Aunque de chavalín frecuentaba con los amiguillos las localidades de pie de los graderíos de fondo del Nuevo Chamartín, hace más de veinte años que no piso por esta parte de la ciudad. Ni ganas que tenía: «Mira si soy colchonero / que paso por Concha Espina / como pasa un forastero...», cantaba Joaquín Sabina en *Motivos de un sentimiento*, el himno del centenario del glorioso Club Atlético de Madrid. Pero Guaci, a quien había conocido muy poco antes en Santa Cruz de la Palma donde me destinaron a tomar exámenes a nuestros estudiantes de la ‘isla bonita’ aunque no es madrileña sí es *madridista* y su mayor ilusión era ver el Estadio Bernabeu por dentro. Me pidió que le acompañara en su visita turística al palacio del merengue y puesto que no podía escaquearme de ejercer como anfitrión en la que al fin y al cabo es la ciudad donde vivo, y considerando también que, como indio malo, soy nada madridista, lo que se me ocurrió fue llevarme la cámara de vídeo para protegerme contra el deslumbramiento galáctico y de paso grabar una cinta turística para usos estrictamente experimentales.⁴

Prácticamente al final de la visita, tras habernos asomado a las alturas del estadio, saludado desde el palco, pisado el césped, deambulado por los vestuarios, entrado en el museo, sentado en un palco VIP y pasado de largo de los trofeos de la sección de baloncesto, llegamos al centro del centro del centro «la galaxia Pérez», expansión mega urbanística natural e indudablemente *real*. Hemos entrado, casi sin darnos cuenta, en la habitación que la facción disidente de la chusma local llamamos de Objetos Robados y aquí dicen de Campeones. Apenas caminamos unos pasos y nos topamos con una gran vitrina central. En su interior, una hilera de objetos brillantes que reconocemos de golpe, ciertamente, sin segundas miradas ni recurso a marcador textual alguno.⁵ El Tesoro de las Nueve Copas.

g1. Sala de campeones, escena primera: No photos? (d= 10.9 segs.)

((La imagen se desplaza desde el póster en blanco y negro a la derecha hacia la vitrina de la izquierda))



((**C.**, el cámara, avanza de frente, despacio, hacia la vitrina, con **G.**, fuera de la imagen, a su izquierda))



- 01 **C.:** Ah, aquí están
02 **G.:** Aquí están las nueve
03 **C.:** ¿Pero están muy protegidas no?
((**G.** de espaldas, empieza a cruzar por delante del cámara yendo hacia la derecha de la imagen))



- 04 **G.:** Es un-
((Volviéndose hacia el cámara))



05 G.: No- No se pueden sacar fotos.

06 C.: No me jodas.
((Toma frontal de la vitrina))



07 G.: Te queda la foto mal.
((Detalle de la arista de la vitrina))



08 C.: ¡Aaah...!
((El cámara comienza a rodear lentamente la vitrina por su lado izquierdo))

09 J.: Claro le han puesto esto.



((La imagen sigue desplazándose lateralmente a lo largo del flanco izquierdo de la vitrina)) [...]

El caso es que, como se acabará de ver, las imágenes de las Copas de Europa tras la vitrina no salieron del todo mal en mi grabación de vídeo. En realidad salieron bastante

bien. No pude ver qué les pasaba a las imágenes que tomaba la cámara fotográfica digital de Guaci. Pero ni su máquina de fotos era, que yo sepa, especialmente defectuosa, ni mi máquina de vídeo poseía cualidad misteriosa ninguna. Ambas son electrodomésticos comerciales estándares, diseñados con un montón de reglajes de tolerancia y fiabilidad normalizados. Sin embargo hacen y nos hacen cosas muy poco normadas. Este puede parecer un descubrimiento banal: la fotografía y el cine turísticos son dos *profesiones ordinarias*, vale decir, dos disciplinas objetivas, ciencias naturales que exigen herramientas especializadas. Al tiempo, es claro igualmente, el modo de circulación de sus resultados últimos (P.: «¿Quieres que te enseñe las fotos de mi viaje?» // R.: «Bueno, venga, vale» vs. P.: «¿Os ponemos el vídeo de la excursión?» // R.: «¿Entero? ¡No por favor!») permite caracterizar un tipo humano delicadamente distinto del cineasta a secas y el fotógrafo a secas. Lo que ya no es tan banal es lo que vincula este par de constataciones con lo que ocurre *en* la secuencia de vídeo descripta: ocurre un *souvenir*, algo que uno se trae de vuelta como recuerdo material de un lugar en el que ha estado *especialmente*.

Las cámaras fotográficas son ya ingenios veteranos en la producción de objetos turísticos –las fotos. Aun en su versión digital, las fotografías son poco menos (y poco más) que un derecho turístico *de facto* adquirido y ejercido por la gente. En ausencia de prohibición en contrario –*No photos please*– los visitantes disparan sin pensar y no le dan más vueltas al asunto: estamos por aquí, pasamos por allá y tiramos, quitamos o sacamos fotos de lo que más nos guste. La versión sibilina, de clara intención comercial, de la prohibición explícita de sacar fotos civiles en lugares mercantiles, está tematizada expresamente en la línea final (**1. 09**) de la transcripción del diálogo de nuestra escena primera en la Cámara del Tesoro del Gran Teatro Matritense de la Prisa Española: «Claro le han puesto *esto*» ¿Pudiera ser que la urna de cristal donde se guarda el Santo Grial del madridismo esté hecha de un material especial que malea de algún modo la luz que emiten, reflejan y captan aquí diversos objetos (las copas de plata, la urna, las lámparas de la sala, la cámara digital de Guaci)? No es probable. Fue tan sólo una foto que quedó mal. Después de todo el resto de visitantes le tiraban fotos como posesos a la urna. No, lo que estábamos barajando verbal y al tiempo prácticamente en ese mismo momento imaginal que nos trajimos de vuelta dentro de la cinta de vídeo era la posibilidad de que el conglomerado multinacional de empresas *Real Mandril SA* no quiera dejar escapar por la rendija objetiva del mercado fotográfico al fantasma de las

monedas que caen en su caja cada vez que el dependiente de la tienda que hay al final del museo del estadio Bernabeu vende la postal ilustrada con una foto *oficial*, luego *profesional* de la urna con las nueve copas. (Nótese, en la transcripción anterior, la sensación de <inspección cuidadosa de la cuestión ¿Se verá bien esto luego en casa?> que transmite la lentitud inicial del acercamiento frontal a la vitrina y el detenimiento con el que el/la cámara rodea luego lateralmente el expositor de trofeos balompédicos). Lo que tendríamos, entonces, sería un problema –y su aparente solución técnica provisional: el cristal pseudo refractario– de internalización de beneficios económicos. Un problema *tecnoeconómico* de naturaleza específicamente fotográfica.

Hay muchas clases de recuerdos ('Rdos.' según la clásica abreviatura industrial: 'Rdo. de Benidorm', 'Rdo. de Torrevieja') a la venta en estos lugares que se autodefinen justamente así, como 'turísticos'. Ceniceros, toallas, termómetros, réplicas en miniatura, camisetas, tazones de desayuno, tarjetas postales, llaveros, bragas, paraguas, lapiceros, qué se yo: los llamados recuerdos turísticos son, antes que nada, anuncios publicitarios portátiles de atracciones turísticas. Y es en este sentido que las posibilidades que comenzaron a ofrecer las cámaras fotográficas y de vídeo para fabricarse uno mismo sus propios *souvenirs* evitando tener que desviarse en ruta prácticamente a cada paso para pasar a través de la máquina universal rival, la caja registradora, único dispositivo alternativo capaz de convertir a un pelanas topográfico cualquiera en un 'lugar especial', han acabado forjando una de las más bellas paradojas de la ciencia económica. La cámara es a la vez amiga del alma y enemiga íntima de la caja. De ahí la función *terminal*, bien conocida por los empresarios del ramo, que cumple el mercado empresarial minorista de las cámaras de fotos y las cámaras de vídeo domésticas en el comercio mundial de lugares de obligada visita. La caja de las cajas parece estar en guerra planetaria permanente con su hija adorada, la cámara de las cámaras. Pero esto todo una gran pantomima. Más allá de la cual ¿qué tal si lo que se exhibiese en el Museo del Real Madrid fueran réplicas de chichinabo de las auténticas Nueve Copas de Europa?⁶ O peor aun: ¿y si las auténticas Copas de Europa no hubieran sido forjadas en metal precioso? ¿Pasaría algo si fueran, también ellas, meros *souvenirs*? No, nada. Lo ordinario –esto ya lo vio Heráclito de Efeso, antiguo filósofo griego– es la sola matriz posible y el único punto de contacto real con lo extraordinario.

Comparemos ahora la escena anterior con esta segunda, que narra otros pormenores algo más complicadillos –y tal vez por ello menos universales– de la situación sociotécnica e hiper interactiva de la visita al tesoro de la isla mesetaria. Si es cierto, como han apuntado estudiosos del asunto⁷, que los denominados ‘sistemas interactivos de exhibición de contenidos museísticos’ (y en el Museo del Real Madrid hay decenas de pantallas táctiles con interfaces infográficas de fantasía para consultar toneladas de estadísticas históricas o ver los mil y un goles más bonitos e importantes) restringen de manera paradójica las capacidades y los deseos de interacción social de los visitantes-espectadores que hacen uso de ellos, los objetos intocables en cambio, los tesoros únicos, míticos e inaccesibles como las nueve Copas de Europa guardadas dentro de esta urna, la desatan. Así, mientras contempla el tesoro del madridismo, Guaci, como hacen otros tantos visitantes allí presentes, no puede por menos que sacar su teléfono móvil y hacer una llamada. Comunica con su madre, que está en Canarias, para darle noticias en directo de lo que hace en Madrid: «No te vas a creer donde estoy, mamá, estoy viendo, a través de una vitrina [que hay] delante de mí las nueve copas de Europa del Madrid.» En un momento de esta conversación telefónica, Guaci se gira hacia el cámara comenzando así una breve conversación a tres bandas (ella, su madre y yo) que, como se muestra a continuación en la transcripción, es a cuatro: ella, su madre, yo... y la cámara de vídeo.

g2. Sala de Campeones, escena segunda: Mándame el vídeo (d= 13.7s)

((G., a la izquierda, de perfil, habla por teléfono mientras contempla la vitrina de las nueve copas, a la derecha, fuera de cuadro. Suenan de fondo, emitidos por los altavoces de sala, los acordes del himno del centenario del Real Madrid.))



((G. se gira hacia el cámara))



- 01 G.: ((Al cámara, saliéndose casi de cuadro))
¿Tú me envías la película, verdad?



- 02 G.: ((Al interlocutor telefónico, saliéndose de cuadro totalmente))
Él me la envía.



- 03 C.: ((Girándose hacia G. y haciéndola entrar otra vez en cuadro))
Hay algunas partes de la película que no son muy agradables, pero bueno



[...]

Los detalles verbales y no verbales de la acción humana tematizan aquí de manera expresa el carácter específicamente turístico, luego *existencialmente económico*, de un cierto uso combinado en situación de las cámaras de vídeo portátiles y los teléfonos

móviles. Guaci me pide aquí que le envíe a casa la grabación de vídeo que estoy haciendo de la visita para que su familia pueda ver lo que ella les cuenta ahora por teléfono. Incluida la conversación telefónica misma en cuyo contexto me hace la petición. Pero teniendo en cuenta lo que ocurría en la secuencia anterior, puede pensarse también que ella supone que a través de mi cámara se puede obtener un recuerdo más completo y fidedigno de cómo era la vitrina que contenía el botín vikingo. Algo más natural, sin embargo, sería que, al margen de esto y lo otro, y a pesar de haber sacado ella misma un montón de fotos del resto de los lugares de la visita, quiera tener también, además de las fotos, la cinta de vídeo digital, esto es, el DVD con la peli no oficial de la visita turística al Estadio Bernabeu. Las fotografías y los vídeos pueden a veces ser bienes sustitutivos, esto es, el turista se dice a sí mismo: si tiro fotos, ¿para qué quiero comprar el vídeo oficial de la visita o pedirle a mi amigo que lleva una cámara de vídeo que me mande una copia de la película? Recíprocamente: ya que venden un vídeo en la tienda ¿para que voy a andar tirando fotos si ahí viene todo y encima está hecho por los mejores profesionales del tema? Esta segunda escena ilustra, por tanto, sobre otro hecho económico singular e incluso básico, bien que claramente menos general que el anterior, de la actividad turística contemporánea: que fotografías (fotogramas) y películas de vídeo (cine) pueden ser también, y ocurre muchas veces que lo son, *bienes complementarios*. Esto es, uno quiere llevarse los dos recuerdos, quiere comprar y tener las dos cosas para poder compararlas entre sí, para sacarle más partido a cada una de ellas mediante la disposición de ambas, o para cualquier otra cosa del tipo ‘sinérgico’.

* * *

Aquella película casera de cine turístico se hizo a principios del mes de junio del 2006. Dos meses más tarde, la palmerita volvió de nuevo a Madrid acompañada por su novio y unos amigos. Esta vez, además de la excursión al Bernabeu, visitaron también la nueva ciudad deportiva que el club tiene en el barrio de Valdebevas y asistieron como espectadores a un entrenamiento del primer equipo. Al final del entrenamiento cosecharon autógrafos, fotos y besos de los jugadores, incluido por supuesto y sobre todo el guaperas *british* David Beckham. Aunque no estuve allí para verlo, no me imagino el comportamiento de Guaci en presencia del rubiales de Manchester muy distinto del pasmo animal descrito por John Carlin para el caso de las azafatas de la línea de tren de alta velocidad Madrid-Sevilla y las madres e hijas del pueblo sevillano

de Gerena. (Ésta localidad había sido escogida por la marca de ropa deportiva Adidas para rodar, durante unos días del mes de febrero de 2004, un anuncio de televisión en el que participaban las estrellas del Real Madrid. «Bajé del tren antes que Beckham y lo vi saltar al andén. A mis espaldas oí que alguien contenía de golpe la respiración. Al volverme, vi a dos empleadas del AVE, dos jóvenes mujeres uniformadas, que acababan de ver al ángel rubio. Se quedaron de piedra, con los ojos como platos, ambas con las manos sobre la boca, como en actitud de oración. [...] Con parecida expresión de privilegiado pasmo reaccionaron las buenas gentes de Gerena al ver por primera vez a Beckham, aunque tan pronto se recuperaron de la sorpresa de ver con sus propios ojos el rostro lanzado a la fama en miles de revistas del corazón, tan pronto pudieron digerir la pasmosa realidad de que David Beckham estaba en efecto entre ellos, la siguiente reacción –uno se pregunta que habría sacado en claro Desmond Morris, autor de *El mono desnudo*, ante una cosa así– fue la de emitir agudos chillidos.»⁸). Total, que los palmeritos se lo pasaron fenomenal viendo a sus mandriles ídolos y volvieron contentísimos de sus vacaciones matritenses. En esta segunda visita ya no pude acompañarles porque, a mi vez, había ido a pasar las vacaciones de agosto fuera de Madrid, a la playa. Y es que el año pasado me había quedado sin veraneo, abandonado en la ciudad y comido por las obras, las deudas, el trabajo.

Pero lo cierto es que durante aquel funesto agosto carcelario ni se me pasó por la cabeza la idea de tomar un autobús hasta Valdevebas y oxigenarme de triunfo presenciando un entrenamiento “galáctico” de pago. O, peor aun, subir al tren de cercanías en Atocha y bajarme en Majadahonda o en Alcorcón, o donde quiera que entrenen, para ver a los míos. No, qué horror, qué mantas, qué depresión. Porque además estas son cosas de guiris o bien turistadas de provinciano paleta. Claro que hay personas que no lo ven así, ni mucho menos: aunque el Museu del Barça o las cuevas del Drach sean para el indiecito de Barcelona o de Palma lugares banales, radicalmente no visitables, existen gentes, esos a quienes se llama visitantes turísticos, que se gastan sus ahorros para pasar las vacaciones de verano en ese mismo escenario cotidiano cuyos habitantes ordinarios están deseando perder de vista.

En esta segunda secuencia, finalmente, el lector puede hacer conmigo otro descubrimiento sociotécnico tan sencillo como elemental, es decir, fundamental. A saber: para ser capaz de filmar en público con una cámara de vídeo y trabajar audiovisualmente sin pudor en situación de esparcimiento general y goce generalizado,

es necesario un mínimo de indiferencia y aun desprecio por la circunstancia de lugar, ambiente y personaje en la que uno se halla empantanado. Guaci estaba demasiado implicada emocionalmente con el lugar de la visita –la cámara del tesoro madridista– como para utilizar de manera implacable el ojo electrónico más implacable de todos, el vídeo. Aunque sacó muchas fotos digitales, acabó pidiéndome, en el contexto de aquella conversación telefónica vía móvil con su madre desde el lugar de los hechos, que le enviara por correo el DVD con el registro de nuestra excursión. El truquillo de mirar sin descanso la vitrina repelente a través del objetivo de la cámara de vídeo sirve, doy fe, de protección contra la parte adyacente de nuestro ser (“Yo soy yo y mi circunstancia”, que decía Ortega) representada en el sabroso caso por los melifluos efluvios campeones que emanaba aquella inmensa sospechosidad, de trofeos repleta.

(Fue también durante el verano reformista-ladrillista cuando descubrí la función protectora de la cámara de vídeo: únicamente me atrevía a visitar las obras de mi flamante vivienda en propiedad provisto del trasto mágico para poder mirarlas *objetivamente* a través del objetivo. La vista directa de las vigas de madera carcomidas, el suelo levantado y las paredes abiertas me resultaba cegadora, la desazón del «esto no se va a acabar nunca» podía conmigo. El constructor, cuando me veía pasear con el bicho de grabar luces y sonidos entre los escombros, el polvo, los palets de baldosas y los sacos de yeso, me preguntaba si la filmación de todo aquel desastre era forma de acumular pruebas en su contra con el fin de acabar poniéndole una denuncia para no pagarle un duro. Aunque intentaba explicarle lo de la función protectora de objetivar los desastres de la guerra del ladrillo en la telepantalla y tal, él no se fiaba un pelo de mis zarandajas filosóficas. La situación no se lo permitía, supongo).

Y supongo también que, en esta otra situación, tan distinta, de la visita turística al templo madridista de la prisa neoespañola, el parvovirus que desde hace tantos años llevo alojado en el núcleo de cada una de mis células quería evitar, del modo más natural posible, que me fuese inoculado el retrovirus que habita en los cristales espejados de aquellas salas. Pilotando a trompicones, desde millones de microcentros de control nuclear, naves humanas complejísimas y singulares, la antiquísima lucha viral sale aquí al exterior como batalla de espejos. «Sé quien soy.»



g3. Espejos contra escudos

(Cuando, hace unos años, el Aleti de Madrid bajó a Segunda División, llamé por teléfono a mi padre y le dije que me borraba, que me hacía del Real Madrid. «Eso no puede ser, tío, esto no es como en política.» Y es verdad que en política no sólo es lícito sino altamente recomendable aquello que en fútbol se condena con la muerte social. El llamado “transfuguismo”, término cuyo uso en tono generalmente despectivo por parte de los profesionales de la gobernación mediática resulta hartó sospechoso para el ciudadano futbolero y políticamente no partidista, no es, en realidad, sino el más poderoso método de descubrimiento que es propio de la, así llamada, “ciencia política.”⁹ Justamente esto fue lo que aprendimos maravillados los espectadores de aquellas maratónicas emisiones en directo de las sesiones de la comisión de investigación creada en la Asamblea de Madrid para depurar responsabilidades políticas por el llamado ‘caso Tamayo’ –un sonado episodio de ruptura de la disciplina de voto protagonizado por dos parlamentarios autonómicos del PSOE–, impagables documentales antropológicos en tiempo real que, por pura chiripa, ofreció la cadena autonómica Telemadrid a sus contribuyentes entre fines de julio y principios de agosto de 2003).

* * *

Obra del *factotum* de uno de los proyectos de estudio sociológico más impresionantes que se hayan llevado a cabo nunca en España, una investigación de ecología urbana emprendida hace ahora tres décadas para informar racionalmente el procedimiento de modificación del Plan General de Ordenación Urbana de Benidorm¹⁰, la cita libresca que reproduzco a continuación, extraída de una obrita singular, *La séptima potencia*, me sirve, en razón de su tono cripto-madridista (a saber: España es, por historia, por geografía, uno de los equipos humanos mejor equipados, además juega de fábula y en

todo caso viene obteniendo numerosos éxitos reconocidos en la liga mundial de campeones macroeconómicos; los que se niegan a aceptar estos hechos tienden a ser *mataos*, llorones, nacionalistas vascos o catalanes probablemente o, lo que es aun peor, del Aleti, esa secta madrileña panhispánica de la cáscara amarga, etc.), para ilustrar un aspecto complicado pero aun preliminar, de la historia que vengo en contarles aquí.

«Los españoles y españolas ya no tenemos que demostrar, ni siquiera a nosotros mismos, que somos gente tan competente como cualquiera de los que admiramos [...] Ya no tienen sentido ni las lamentaciones de El Cid (‘que buen vasallo, si hubiera buen señor’), ni se le puede echar la culpa de nada a la oligarquía y al caciquismo (puesto que aquí son más los bienes que los males). Que nadie se crea aquello de que somos desorganizados, imprevisores, improvisadores, vagos. Somos como cualquiera de los pueblos mejor situados social, económica y tecnológicamente del mundo. No se puede argumentar que España está mal porque los españoles no funcionan, porque eligen mal a quien les gobierne. España funciona bien, cada vez mejor, y seguirá mejorando. La idea caudillista de que, cambiando al jefe, los súbditos serán mejores, ha sido históricamente falsa y es una aberración que nos amenaza.»¹¹

(Distinto aunque igualmente legendario y sintomático es, por cierto, el mal del autodesprecio gruñón que puede atacar al españolito –ya de suyo protestón– cuando vacacionea “en casa” y se la encuentra “infectada de *guiris*”. Expresión maximal característica de este otro síndrome turístico, el de sentirse tratado como extranjero en tierra propia, es la reivindicación lingüística llevada al extremo. Así, cierto guía turístico mallorquín refiere la anécdota de aquel colega suyo que, mientras le hablaba a un grupo de visitantes extranjeros, fue interrumpido por un «españolito que, además, ni siquiera formaba parte del grupo» al grito de “Dígalo también en español, que nosotros nos enteremos.” El malhechor recibió la respuesta apropiada a su infracción: “Pero bueno, ¿y a usted que le importa?!”).¹²

No siendo la vida económica estrictamente un deporte o, lo que equivale aquí a lo mismo, siendo la comparación entre *el país dels somnis*, España, y el Real Madrid, ese *club*, una pura metáfora útil sólo para ganarse la atención del lector y poder comenzar sobre seguro la exposición de lo que de verdad se tiene que contar, *sí es cierto* que el éxito deportivo se ha convertido en una parcela estratégica del moderno sistema de

producción industrial de mercaderías. Y sin embargo, esas secuencias de vídeo casero que trataba antes de extender en folio para poder luego desmontar en palabras, no documentan un partido del Real Madrid sino una visita turística al Museo del Real Madrid. Actividad radicalmente distinta a la del espectador de fútbol, más cultural digamos. Lo que quiero decir con esto es que no pretendo aquí meramente aludir y por tanto eludir el problema del estatuto actual de la economía española como subsistema autónomo dentro de la actual economía global. Al contrario, pretendo tratar explícitamente y en última instancia de Él.

¿Por qué es España un país rico y no más bien un país pobre, como ha venido siendo el caso desde más o menos cuando lo de Tartessos? Una formulación que considero técnica de esta misma pregunta: ¿cómo puede ser la acción de ‘acompañar a una visita’ algo tan... *inconsciente*? Parece a veces como si la circunstancia, casi siempre placentera y nunca del todo ingrata, de estar haciendo educada compañía a alguien destinado en nuestra casa se llevase a cabo con el propósito inconfeso de que esa persona o personas vuelvan otra vez *pero trayendo ya más gente con ellas*. Se diría que más que una atención, la compañía aquí es una tarea disfrazada. Y que, si se desnuda, el anfitrión en pelotas se convierte en el acto en guía turístico, uno de esos profesionales uniformados de los que hay tantos por todas partes. Paralelamente, su pareja pasa a ser un visitante puro. Esto es, lo más parecido a extraterrestre (en sentido jungiano, vid. más adelante) que pueda concebirse.

Es de estas dos cosas de lo que quiero tratar. Del sentido particular o histórico de la expresión “España es un país rico” y del sentido general o mitológico del término “riqueza turística”. Ambos sentidos pueden declinarse a través de un examen de ida y vuelta de la condición de existencia materialmente hiperconsciente que padecemos, súbditos del imperio de la telepantalla. Estamos perdidos económicamente, esto es, tan físicamente *ilocalizables* cuanto prósperos en fantasmas ‘globales’.

I.2. Ángeles tecnológicos

Su supuesto interés por los campos de aviación y las instalaciones industriales que tienen que ver con la fisión nuclear no siempre se confirma, ya que también han sido vistos en la Antártida, en el Sahara y en el Himalaya. Según parece tienen preferencia por revolotear sobre los Estados Unidos, pero informes más recientes dan a entender que también sobrevuelan abundantemente el viejo mundo o el Extremo Oriente. No se sabe con certeza lo que buscan ni lo que pretenden observar. Nuestros aviones parecen atraer su curiosidad, ya que con frecuencia se acercan a ellos o los siguen en su vuelo. Pero también pueden precederlos. No podría afirmarse que sus vuelos obedezcan a un sistema reconocible. Más bien se comportan como grupos de turistas que visitan un lugar de modo asistemático, se detienen aquí o allá, se interesan de modo errático por esto o aquello, se elevan a gran altura por razones desconocidas o realizan evoluciones acrobáticas delante de las narices de pilotos irritados.¹³

Por lo que nos cuentan de los *extraterrestres* diversos testimonios extra oficiales, se diría que semejan ‘turistas espaciales’: extravagantes megamultibillonarios de otra galaxia que se han gastado una fortuna sideral para venir a otear las maravillas geobiológicas del planeta perdido, olisquear las carnes morenas de esas extrañas gentes terrícolas y llevarse muestras de recuerdo de nuestras exóticas costumbres neolíticas.

Hasta donde se me alcanza –y mejorando en mucho tentativas muy loables y también muy plastas como el proyecto del filósofo francés Michel Serres, profesor de historia de las ciencias en la Sorbona de París y la californiana Universidad de Stanford, de convertir a los ángeles tecnológicos jungianos en los protagonistas del teatro de las prisas aeroportuarias¹⁴–, la enigmática intuición de aquel influyente psicoanalista suizo que fuera discípulo amado-odiado de Salomón Freud, ha sido el filósofo y músico mallorquín Joan Miquel Oliver (Sóller, 1974) en su libro *Taxi*. Dividido en cuatro partes (‘Dos souvenirs de la Terra’, ‘Recital del robot i l’astronauta’, ‘Viatges i postals de la Terra’ y ‘Gran final l’Hotel Galaxi’) el ensayo de balear genial es al tiempo el libreto de la obra multimedia del mismo título publicada por el conjunto musical Antònia Font, en el que Oliver ejerce como compositor, letrista, guitarrista y productor.

* * *

A los manuales de instrucciones para turistas producidos por Lonely Planet les son también aplicables las críticas tan maliciosas como exactas que el antepenúltimo hijo de

perra genial de las letras gabachas dedicaba a las francesas ‘Guides du routard’ en una nota al pie de un cuentecillo genial sobre el descabellado existir vacacional del visitante europeo medio de “semana en temporada baja” en la pre-paradisíaca isla del volcán. Decía Houellebecq que «a fuerza de prodigar tomas de posición “simpáticas” (ecologistas, humanitarias), corazonadas, llamamientos al viaje “inteligente” y al encuentro con el otro (comprenderlo antes de juzgarlo) y la búsqueda de una «autenticidad» en evidentes vías de desaparición, ha[n] conseguido fijar nuevas normas en el terreno de la estupidez internacional.»¹⁵ Así, por ejemplo, para el caso concreto de Tailandia, «aunque proponía, en principio, la preparación de un viaje a Tailandia, la *Guía del Trotamundos*, en la práctica, manifestaba las mayores reservas; ya en el prólogo se sentía obligada a denunciar el turismo sexual, esa *odiosa esclavitud*. En resumen, que aquellos trotamundos eran unos *gruñones*, cuyo único objetivo era echar a perder hasta la última y minúscula alegría de los turistas, a los que odiaban. Por otra parte, parecía que sólo se amaban a sí mismos, a juzgar por las frasecitas que salpicaban la obra, del tipo: “¡Ah, señora mía, si hubiera visto esto en la época de los hippies!...” Sin duda, lo más penoso era ese tono seco, tranquilo y severo, hirviendo de indignación contenida: “No es por mojigatería, pero no nos gusta Pattaya. Todo tiene un límite.” Un poco más adelante, hablaban sobre los «occidentales barrigones» que se pavoneaban con pequeñas tailandesas; eso les daba directamente ganas de vomitar. Gilipollas humanitarios protestantes, eso es lo que eran ellos y toda la “simpática pandilla de amigos” que los habían ayudado en la redacción de aquel libro, cuyas sucias jetas aparecían en la solapa.»¹⁶

El autor de estas líneas, sin embargo, reivindica orgulloso, a través de los personajes de sus historias de ficción, su condición de miembro activo y conspicuo de esta nueva internacional de los gilipollas, la iglesia de los turistas espaciales, secta religiosa cuyo dogma primordial: *Hay que ver sólo lo importante y verlo con el tiempo medido para verlo todo*. «[Ésta] sería la máxima que preside la guía [turística] como género [literario], adaptando esta fórmula a una escala de valores que va desde la “poco convencional” *Guía del Trotamundos* hasta la muy convencional *Guía Michelin*, con sus famosas estrellitas. La compulsión genérica es tan fuerte que, incluso cuando los autores son personas muy viajadas por los lugares que reducen a guía y su experiencia de los mismos es muy vital y hasta *sacra* (el caso de muchos gurús y *hippies* de los sesenta-setenta, metidos hoy en *tour-bizz*), acaban cayendo en los más comunes

estilemas del género.»¹⁷ Los viajes al espacio exterior son hoy lo último de lo último en tendencias vanguardistas de turismo extremo¹⁸, vacaciones “al filo de lo imposible” como rezaba el título –reciclado luego como eslogan publicitario para agencias de viajes– de la serie de documentales sobre alpinismo y demás deportes de aventura que Televisión Española comenzó a producir en 1981 como secuela inmediata del tristemente famoso episodio postrero de su famosa predecesora, *El hombre y la tierra*. Fue siguiendo los pasos de Jack London (trataban de filmar desde una avioneta sacudida por un temporal de nieve las secuencias finales de una película documental de tema inédito –versaba sobre la edición de 1980 del Iritarod, una carrera de trineos tirados por perros que recorre mil millas a través de las nieves y los hielos de Alaska– como perdieron la vida el famoso naturalista de la tele, Félix Rodríguez de la Fuente, sus dos compañeros, los cámaras Teodoro Roa y Alberto Mariano y el piloto de la avioneta en que viajaban, el canadiense Ace Dobson. Luego podría decirse también “vacaciones al filo de la muerte” pues, empezando por el fatal accidente de ‘nuestro amigo Félix’ y su equipo, no es desdeñable la cifra de caídos en actos de servicio televisivo de este género, verdadero escaparate sentimental del hombre rudo¹⁹ y ventana abierta a las grandezas y miserias del vengador justiciero enfrentado en desigual combate a las fuerza aplastantes y oscuras de la naturaleza salvaje.²⁰

(Incidentalmente, siempre me pareció que las lecciones audiovisuales, tan populares en su tiempo –los años 70 y 80 del siglo pasado–, que impartían los varios biólogos de la tele –los había terrestres, como los botánicos y zoólogos británicos Richard Attenborough y David Bellamy o, por su puesto, el anteriormente mencionado espécimen ibérico Félix Rodríguez de la Fuente; y también acuáticos, como el serenísimo coronel francés Jacques Cousteau–, así como las otras pastorales catódicas, aun más exitosas si cabe, que, sobre el origen, forma y manera del universo y el destino exobiológico de la humanidad terrestre nos daba en la serie *Cosmos: un viaje personal* [1980] el gran superhéroe científico americano de nuestra infancia televisiva, Carl Sagan, el astrónomo de Cornell, *se encontraban ya subsumidas formalmente* dentro de aquellas otras clases televisuales, mucho menos épicas y tanto menos apreciadas por los telespectadores infantiles, que, sobre la historia natural del pensamiento económico, impartía para la BBC por esa misma época el catedrático de Harvard John Kenneth

Galbraith [*La era de la incertidumbre*, 1973]. Quizá sea de esa intuición televisiva de donde provenga mi improbable vocación de economista aficionado).

El antihéroe que narra en primera persona la historia sin historia con la que dio su primer pelotazo mediático el escritor francés Michel Houellebecq, penúltimo *auteur* cobaya de la industria editorial parisina, es un cuarentón que ejerce en el mercado libre como ingeniero informático y consultor de gestión empresarial en materia de nuevas tecnologías de la información.²¹ Desde la desolada atalaya profesional del consultor informático, Michel vive el desbordamiento depresivo del absurdo kafkiano de la existencia puramente burocrática, exacerbado por las nuevas modas lúdico-estratégicas de competitividad comercial, como «ampliación del campo de batalla» de la liberación sexual hasta su cima paroxística: el cóctel paradójico de *hardcore cybersex* –porno duro en Internet²²– y tiritos de ‘coca’ –«Poco a poco, sin alharacas, España ha logrado convertirse en la primera potencia occidental del ocio... [E]l primer puesto de consumo mundial de cocaína [alcanzado también] estos días significa la máxima confirmación de la orgía»²³– o, muchísimo mejor, bombas de clorhidrato de fluoxetina (Prozac[®]) que, además de ser fármaco legal y aun fiscalmente subvencionado, aumenta la productividad inhibiendo el orgasmo.²⁴ (Aunque los científicos no se ponen de acuerdo sobre si la depresión está provocada por un aumento o una disminución de los niveles de la monoamina serotonina, el ya legendario neurotransmisor cerebral del “mal rollo” que es también *target* predilecto de drogas de diseño como la MDMA o *éxtasis* –la dopamina, que se libera con el consumo de la ‘coca’ y las ‘anfetas’, sería algo así como el neurotransmisor del “buen rollo”–, la *dirección* de la variación en los niveles de serotonina que provoca depresión es la misma, según parece, que la que se asocia con el aumento del deseo sexual. Ésta es entonces, según los médicos, la razón que explica por qué los fármacos antidepresivos que atacan los niveles de serotonina tienen el desagradable efecto secundario de disminuir la libido.²⁵)

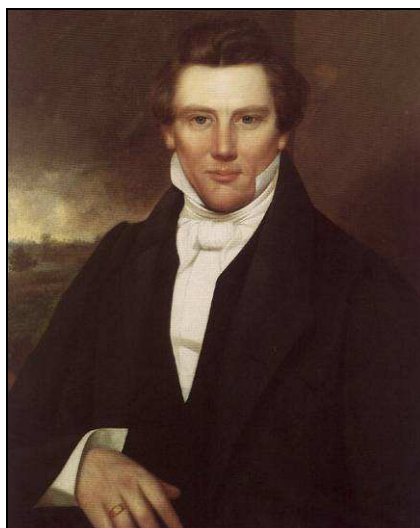
Nuestro funcionarial agrónomo post literasta salpicará después el discurso del protagonista (un cruce de físico cuántico e ingeniero genético que descubre la fórmula de la inmortalidad) de su siguiente *grand ouvre* con citas escogidas del *Catecismo positivista* de Auguste Comte.²⁶ Las semillas masónicas ocultas en el proceso de institucionalización, en la Francia de principios del siglo XIX, del sistema moderno de

educación superior de los ingenieros civiles, germinaron doctrinalmente en la “empresa sociológica formativa” del positivismo comtiano.²⁷ También la biología molecular y la ingeniería genética modernas se entienden a la perfección como parte del núcleo central del proyecto de futuro del apocalipticismo judeo-cristiano, siempre a la búsqueda de la perfección y la inmortalidad humanas.²⁸

En fin, la divina hazaña de la clonación en humanos, la reproducción asexuada de *sapiens demens* es el triple personaje central de (a) la epopeya biotecnológica occidental, (b) la religión de la carga tecnocientífica en su apogeo económico extraterrestre y (c) la novela del renegado *rationaliste* e hispanófilo San Miguel de Houellebecq, bisnieto salidísimo de Julio Verne, en la que cierta secta religiosa *new age*, la iglesia ovni de los elohimitas liderada por el profeta Azrael, encarna la quintaesencia suprema de la stirpe positivista, el último curso de estudios de la francmasonería ingenieril que se enseña en la École de Ponts et Chauseés, la École des Mines y la École Polytechnique.²⁹ Desde la óptica, tan netamente comtiana ella misma, de la sociología empírica de los nuevos movimientos religiosos, el *raelianisme* real, histórica y oficialmente inscrito como Movimiento Raeliano Internacional (MRI) en registros ministeriales de medio mundo, ha sido descifrado como «una versión extrema del existencialismo liberal de la contracultura francesa de la década de 1970». Cultivo en placa de Petri de la podredumbre positivista de la intimidad que sale tan bien retratado en *Las partículas elementales*.³⁰

Examinada desde otro ángulo, la extravagante comunidad de práctica ufológica creada por Monsieur Vorhilon puede ser interpretada también como la distintiva versión francesa, variante Clermont-Ferrand, de la victoriosa literalidad yanqui que, desde mediados del siglo XIX, viene sosteniendo que los dioses que en la noche de los tiempos sembraron las semillas de vida inteligente sobre nuestro planeta perdido serían una raza de seres extraterrestres *retornados* a la tierra en largo viaje interestelar desde legendarias constelaciones galácticas (Sirio, Orión) –o bien en excursión de un día desde campamentos base en alguna oscura luna jupiteriana como Ganímedes o Europa–. En efecto, el elemento presuntamente más novedoso de la prédica del profeta de novela (Azrael/Raël) es la creencia de que, tras milenios de espera, nuestros creadores alienígenas, los así llamados *elohim* (siglo y cuarto antes del advenimiento de Claude

Vorhilon, el profeta mormón Joseph Smith encontró también fascinante saber que la palabra *elohim* era un término plural en hebreo antiguo³¹), estarían tratando justamente ahora, en este principio del tercer milenio cristiano, de volver a ponerse en contacto con un grupo selecto de criaturas elegidas, los adeptos de la secta, para hacerles graciosa donación de las técnicas de ingeniería genética que harían posible la clonación en humanos. Campamento base empresarial, confían, de la inmortalidad física. (El brazo ejecutor del credo científico de Raël en la esfera mediática de las finanzas mundiales ha sido la firma Valiant Venture Ltd., con sedes en Canadá y EE.UU., fundada en 1997, al mes de hacerse pública la clonación de la oveja Dolly por los científicos del Instituto Roslin de Escocia, y su división comercial, Clonaid.³² Cinco años después, en la navidad de 2002, la doctora-sacerdotisa raeliana Brigitte Boisselier, consejera delegada de Clonaid, anunció al mundo en una conferencia de prensa organizada en el hotel Holiday Inn de Hollywood, Florida, que el equipo secreto de ingenieros genéticos contratados por su empresa acababa de concluir con éxito la operación de producir el primer clon de la especie humana: un bebé muy presunto de nombre ‘Eva’. Boisselier dirige desde entonces otro proyecto para diseñar una máquina que acelere el crecimiento de clones: el “babytron”³³). Este peculiar credo escatológico, fundamentado en el dogma de una pluralidad de dioses que en origen fueron hombres y mujeres de carne y hueso, es un claro préstamo mormón. La creencia mormona en la corporeidad humana de Dios Padre procede de una famosa revelación que tuvo Joseph Smith Jr., el primer profeta y presidente de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, en 1843, poco antes de morir asesinado, y que fijó por escrito en el parágrafo 130:22 del otro texto sagrado de la gran religión americana, la *Doctrina y Alianzas (Doctrine and Covenants)*.³⁴ Asimismo, en opinión de la profesora Susan Palmer, la versión raeliana de las implicaciones prácticas de la “caída” de la humanidad se inspira en las conclusiones alcanzadas sobre este tema por los teólogos mormones. «[Ambos movimientos religiosos] traducen la lucha entre el bien y el mal en la forma de una discusión sobre la capacidad de los humanos para elegir de forma racional e independiente. Mientras que en el caso de los mormones las enseñanzas de este debate desembocan en la necesidad de una educación moral, para los raelianos es preciso aprender a utilizar el conocimiento científico de manera responsable.»³⁵



g4. Joseph Smith Jr. (1805 - 1844)

En los comentarios al Libro de Moisés de Joseph Smith publicados en 1962 por cierto estudioso eclesiástico de su doctrina, se afirma que «En el año 2.948 antes de Cristo, cuando Enoc contaba 430 años de edad, él y la entera población de la ciudad de Sión fueron tomados de la superficie de la tierra y transportados a otro planeta. La aceleración del viaje produjo una sorprendente metamorfosis física gracias a la cual las semillas de la muerte quedaron neutralizadas dentro de ellos y sus cuerpos sometidos a un sistema de leyes físicas superiores.»³⁶ No cabe duda de que el colegial de la Brigham Young University, la universidad teológica mormona, que escribió este extraordinario fragmento de exégesis bíblica debía tener querencia por las novelas de ciencia-ficción. Y, como buen amante de este género literario, gustaría de los ensayos de divulgación científica que por esos años publicaban sus compatriotas teólogos experimentales de los departamentos de física teórica de Princeton, Chicago y el MIT.³⁷ Y por último, pero no por ello menos importante para todo hacendoso mormón –y más si es académico– que se precie, sería aficionado a la vulgata en rústica de la última novedosidad científica del momento, la física de las partículas financieras que florecía a finales de la década de 1950 en oficinas contiguas del campus. El ensayo pionero del Premio Nóbel Harry Markowitz sobre la teoría de optimización de carteras se publica en el *Journal of Political Economy* de la Universidad de Chicago en 1959. Fue en ese mismo año cuando los bancos mormones sufrieron una grave crisis de liquidez, la última hasta el momento, que estuvo de llevarles a la bancarrota. La jerarquía de la iglesia mormona, a instancias de uno de sus ministros mejor versados en la técnica financiera moderna, de

nombre N. Eldon Tanner, adoptó entonces dos decisiones históricas para el futuro de la economía religiosa: mantener a partir de entonces los balances centralizados de cuentas en el más absoluto secreto y comenzar a utilizar el enfoque de la cartera de inversiones (*portfolio management*) para diversificar y minimizar riesgos en la gestión de sus flujos de caja.³⁸

* * *

Nuevas tendencias, modas de crecer, productivismos innovados de ayer, hoy y siempre. En la era galáctica de la antropohistoria, esta revancha de la bruja de oro en la que estamos instalados, viviremos jalonados de descubrimientos, innovaciones y sinergias; megas, gigas y terabytes. El retorno de los dinosaurios y otra y otra y otra guerra en Oriente. Viajes interplanetarios de tarifa plana ‘todo incluido’ para el lotero de la suerte. «*And this is not a pseudo-millennium, this is the real thing*», anuncia ahora, por los altavoces conectados a nuestro reproductor de mp3, el heredero de Timothy Learey, el antepenúltimo chamán psiquedélico de los universitarios californianos, Terence Mckenna, apostol *new age* del *trip express* y doble sonoro de aquel otro Jesucristo yanqui de la era espacial, Marshall Herff Appelwhite, a quien ahora puede verse predicando su dulce melodía suicida («El planeta Tierra está a punto de ser reciclado, vuestra única posibilidad de evacuación es huir con nosotros») desde el cielo informático de los vídeos.³⁹

g5. Hay que diplomarse para el siguiente nivel



[Marshall Herff Appelwhite, el profeta suicida de Heavens' Gate]

Además del Movimiento Raëliano Internacional y la iglesia californiana de la Hermandad del Sol, de los que trataremos en el capítulo siguiente, y dejando al margen otros muchos cultos extraterrestres, algunos tan venerables e inocuos como los Unarianos y los Eterianos, la religión alienígena de mayor y más triste fama mediática (y también científico-social) ha sido otra extravagante secta californiana. El veintiséis de marzo de 1997 los periódicos, radios y televisiones de medio mundo difundieron la noticia del “suicidio ritual”, en un rancho cercano a San Diego, de treinta y nueve miembros de esta secta ufológica, incluido el señor Marshall Appelwhite, el emasculado líder espiritual de un grupo de monjes célibes chiflados de la informática y chalados por los ovnis que pasó a la historia con el nombre de Heaven’s Gate (La Puerta del Cielo).

«Entre la población excedente que vivía al margen de la sociedad siempre se dio una fuerte tendencia a adoptar como caudillo a un laico –algunas veces a un fraile o monje apóstata–, quien imponía su autoridad no simplemente como un hombre santo sino como profeta y salvador o como un dios viviente. Este caudillo, basándose en inspiraciones y revelaciones que, según él, eran de origen divino, decretaba para sus seguidores una misión común de grandes dimensiones y de importancia mundial. La convicción de tener la misión, de haber sido divinamente elegidos para llevar a cabo una tarea prodigiosa, proporcionaba a los desorientados y frustrados una nueva fuerza y esperanza. No sólo les daba un lugar en el mundo, sino un lugar único y esplendoroso. Una fraternidad de este tipo se consideraba como una élite, infinitamente alejada y por encima de los comunes mortales, compartiendo los extraordinarios méritos de su dirigente, así como sus poderes milagrosos.»⁴⁰

A principios de los años 1970, Appelwhite, tejano, hijo de sacerdote, cantante frustrado y profesor de música despedido de dos centros educativos por acostarse con sus estudiantes, comenzó a llamarse a sí mismo “Bo” (más tarde “Do”) y se convirtió de paso en co-fundador y co-líder del “Grupo Ovni de Bo y Peep”. La otra cabeza siamesa del grupo, el lado femenino de “Los dos”, el amor platónico y gemelo astral de Appelwhite, era una enfermera-astróloga miembro de la Sociedad Teosófica de Houston, Tejas, llamada Bonnie Lu Trusdale Nettles y a quienes los fieles de The Two conocieron primero con el sobrenombre de “Peep” y posteriormente, tras su muerte en 1985 a causa de un cáncer de hígado, como “Ti”. En el marco de un dilatado proyecto intermitente de investigación académica que se ha prolongado durante casi veinte años,

el sociólogo estadounidense Robert W. Balch, ha completado, precisamente para el caso de los Heaven's Gate, la más extensa investigación sociológica disponible sobre una religión ovni. En septiembre de 1975 el "Grupo ovni de Bo y Peep" o, simplemente, "The Two" (Los Dos), fue portada de los periódicos y los telediarios nacionales de EE.UU. al vinculárselo con la misteriosa desaparición de treinta personas en Waldport, un villa de vacaciones en la costa de Oregón, ocurrida al final de una conferencia de Bo y Peep sobre el advenimiento extraterrestre. Seis semanas después, el profesor Balch asistió a otra conferencia de los miembros del grupo en un centro comunitario de Prescott, Arizona, al final de la cual él y uno de sus estudiantes se infiltraron de tapadillo en la secta haciéndose pasar por nuevos adeptos.⁴¹ En varios períodos espaciados entre los meses finales de 1975 y el otoño de 1976, el profesor Balch, investigador del Departamento de Sociología de la Universidad de Montana en Missoula interesado por las vías de acceso al aprendizaje de la metafísica, la teología filosófica (teosofía) y las ciencias ocultas, y su estudiante y colaborador David Taylor, que acababa de completar una tesina sobre reclutamiento y conversión en la Iglesia del Reverendo Moon, acompañaron a unos ochenta miembros de la secta ovni de Bo y Peep (llegaron a ser unos doscientos en su momento de máximo apogeo) a través de un vagabundeo alucinado por distintas localidades de los estados de Oregón, Texas, California, Colorado, Arizona, Nuevo México e Illinois. Chiflados de la Nueva era (*New Age*) de todo el país –profesores, músicos, empresarios, estudiantes, comerciales, amas de casa, buscavidas– habían renunciado a sus posesiones materiales, vendiendo sus casas, coches o barcos, donando o destruyendo su dinero, habían abandonado a sus familias y algunos de ellos incluso a sus propios hijos, para lanzarse a la búsqueda y la espera del momento y lugar inmediatos donde, según Bo y Peep, habría de aterrizar una nave nodriza extraterrestre que transportaría a los profetas ovni y a sus fieles a otro planeta.⁴²

«Algunos sacerdotes [taboritas], conducidos por Martin Huska –también denominado Loquis por su extraordinaria elocuencia–, empezaron a predicar abiertamente la venida de la gran consumación, anunciando que había llegado el tiempo en el que debía hacerse desaparecer todo el mal como preparación para el Milenio. Entre el 10 y el 14 de febrero de 1420 profetizaron que todas las ciudades y pueblos serían destruidos por el fuego como Sodoma. A lo largo y ancho del mundo cristiano, la ira de Dios alcanzaría a todos aquellos que no huyeran a "las montañas" –es decir, a las cinco ciudades de

Bohemia que se habían convertido en refugio de los taboritas. El mensaje fue escuchado, causando gran entusiasmo en los más bajos estratos sociales. Multitudes de pobres vendieron sus bienes y, dirigiéndose a estas ciudades con sus esposas e hijos, arrojaron su dinero a los pies de los predicadores. [...] [S]e establecieron fondos comunes en algunos de estos centros bajo control de los sacerdotes taboritas, y centenares de campesinos y artesanos de toda Bohemia y Moravia vendieron todos sus bienes y pusieron el dinero en estos fondos. Estas gentes rompieron tajantemente con sus vidas pasadas, llegando incluso a veces a quemar sus casas.»⁴³

Al desengaño parcial con el que concluyó, allá por septiembre de 1976, este capítulo fundacional de la saga de Heavens' Gate –los alienígenas, por supuesto, no aparecieron: según Appelwhite, a los seguidores les había faltado el fervor necesario para invocar con éxito su aterrizaje–, siguió un largo período de dispersión e hibernación gracias al cual los líderes del grupo y el núcleo duro de sus seguidores consiguieron escapar a la atención que la delirante peregrinación de la secta había despertado en los medios de comunicación nacionales. Económicamente estabilizado, doctrinalmente revitalizado y humanamente renovado con la recluta de un puñado de “cerebritos” salidos de las flamantes escuelas técnicas de informática, el grupo ovni de Applewhite y Nettles resurgió en California a principios de la década de los 80 haciéndose llamar ahora “Metamorfosis Humana Individual” (“Human Individual Metamorphosis”). En 1993 se anunciaron a toda página en el diario de tirada nacional *US Today* como “Total Overcomers Anonymous” (“Superadores Totales Anónimos”)⁴⁴; y, finalmente, en 1995, pasaron a llamarse Heaven's Gate.

«Todos los grandes movimientos heréticos de la alta Edad Media sólo pueden ser comprendidos en el contexto del culto a la pobreza voluntaria. Cuando a partir del siglo XII apareció una riqueza hasta entonces desconocida en Europa occidental, la mayor parte de los que podían se entregaron a disfrutar de las nuevas oportunidades de lujo y solaz. Pero nunca faltaron quienes vieron en los nuevos refinamientos otras tantas tentaciones del demonio, sintiéndose impulsados a renunciar a toda propiedad, poder y privilegio y descender a la pobreza de las masas. Como el contraste entre riqueza y pobreza era mucho más acusado en las ciudades que en los feudos, fue precisamente en las ciudades donde la renuncia voluntaria adquirió un significado especial. [...] Los pobres voluntarios formaban una *intelligentsia* móvil e inquieta, cuyos miembros

viajaban continuamente por las rutas comerciales de ciudad en ciudad, operando casi siempre secretamente, encontrando oyentes y seguidores entre los elementos desorientados y ansiosos de la sociedad urbana.»⁴⁵

Conejillo e India (Guinea and Pig), Bo y Peep, Do y Ti, pareja indescriptible «con aspecto de paletos de Iowa y voz de visitantes de otro planeta»⁴⁶, concibieron originalmente su grupo de estudios ovni como una suerte de clase universitaria alternativa, “holística”, dirigida a personas adultas a la vez exitosamente socializadas en el ambiente moderno que enfatiza la absoluta necesidad de educarse formalmente en el seno de establecimientos académicos organizados para “crecer como personas”, pero críticas o abiertamente descontentas con el “reduccionismo” de los contenidos educativos tradicionalmente impartidos en las aulas oficiales.⁴⁷ Tras veintisiete años de concienzudos estudios radicalmente esotéricos sobre la metafísica teosófica de las leyes evolutivas ocultas del progreso técnico y sus consecuencias para el destino del hombre y del universo todo, pareció haber llegado para los alumnos más tenaces y exitosos de la academia ovni de Appelwhite y Nettles el momento de graduarse, licenciarse, pasar de curso, saltar al siguiente nivel educativo. Un rasgo común compartido por los llamados “Viejos nuevos movimientos religiosos” –Antropoteosofía, Mormonismo, Ciencia Cristiana, Nueva Era, Cienciología– es la creencia en que la educación superior y el mejoramiento espiritual continúan en la otra vida, que el aprendizaje es un proceso eterno.⁴⁸ Aunque, de hecho, la fundación de centros de educación superior alternativos y la condición de “estudiante progresivo” no eran hechos desconocidos entre las sectas milenaristas que florecieron a lo largo y ancho del medioevo europeo. Así, cuando en 1520 dio su primer sermón en una plaza pública, Thomas Müntzer, que habría de pasar a la historia como el tristemente famoso caudillo mesiánico de la gran revuelta campesina que incendió las regiones del sur de Alemania a principios del siglo XVI, «no apareció ni como una víctima ni como un enemigo de la injusticia social, sino como un “estudiante eterno”, extraordinariamente instruido y profundamente intelectual. Después de graduarse en la universidad y de ser ordenado sacerdote, llevó una vida agitada e incansable, buscando siempre lugares donde proseguir sus estudios. Profundo conocedor de las Escrituras, aprendió griego y hebreo, leyó filosofía y teología patrística y escolástica y se sumergió en los escritos de los místicos alemanes. Pero nunca fue un intelectual puro y sus voraces lecturas estaban dirigidas a la solución de un serio

problema personal. Pues Müntzer era en aquel tiempo un alma atribulada, llena de dudas acerca de la verdad del cristianismo e incluso acerca de la existencia de Dios, pero buscando obstinadamente la certeza [...]» En 1523 Müntzer fundó en la pequeña ciudad turingia de Allstedt una organización revolucionaria a la que denominó la Liga de los Elegidos. «Esta liga, compuesta principalmente por analfabetos, fue la respuesta de Müntzer a la universidad, que siempre había sido el centro de la influencia de [su archirival Martín] Lutero. Ahora la iluminación espiritual iba a destruir la enseñanza de los escribas.»⁴⁹

Durante la Semana Santa de 1997, los treinta y nueve miembros que estaban alojados en la vivienda-templo-nave de la secta (un condominio carísimo arrendado en la selecta urbanización Rancho Santa Fe, ‘el Beverly Hills de San Diego’ desde donde gestionaban Higher Source Inc., algo así como ‘Proveedor Superior S.A.’, su propio y próspero negocio de diseño de páginas web y programación, análisis y auditorías de seguridad de sistemas informáticos) se suicidaron en bloque al paso del cometa Hale-Bopp. Creían haber detectado, oculto en la estela del cometa cuatro veces milenario, la nave nodriza alienígena que les abduciría a un nivel superior de tecnicidad humanoide una vez hubiesen abandonado, por el método infalible de la sobredosis de fenobarbital acelerada con vodka más hipoxia inducida, sus «vehículos corporales» o «contenedores terrestres». Veinte mujeres y diecinueve hombres, almas perdidas altamente cualificadas. El más joven, Michael Barr Sandoe, nacido en Boulder, Colorado, tenía 26 años, y la más vieja, Jackie Leonard, natural de Littleton, también en el estado de Colorado, 72. Appelwhite, contaba 65 y la gran mayoría tenían edades comprendidas entre los 40 y los 60 años. Unos chavales si se los compara con la tropa de jubilatas retirados en Florida protagonistas del filme *Cocoon* de Ron Howard (1985), otro de los volúmenes encontrables en la videoteca de Heaven’s Gate Aula de Estudios.

Educadas, amables, tranquilas y excelentes comunicadoras, con un interés muy bien desmedido por la programación de redes digitales y los relatos de ciencia ficción –particularmente la serie de televisión *Star Trek*, sobre cuyos argumentos y personajes solían celebrar debates colectivos⁵⁰– dieron juntos en la noche el salto evolutivo al vacío interespacial. Ocurrió por cierto que algunos ex miembros y familiares se negaron explícitamente a aceptar la calificación de “suicidio” para un comportamiento que la propia secta definía de un modo radicalmente alternativo. La hija de una de las víctimas

comentó a los periodistas que la palabra suicidio le parecía demasiado fuerte para definir «aquello por lo que ella había trabajado toda su vida. Lo que hizo fue “diplomarse para el siguiente nivel” (*She graduated to the next level*).⁵¹ Sobredosificarse hasta morir sin pesar ni dudas sino, por lo que parece, con la gozosa alegría (*joy*) de la hembra auténticamente religiosa.

No es posible saber a ciencia cierta qué fue lo que realmente decidió a la banda de aquellos Bonny & Clyde de la nueva era, los gemelos Guinea & Pig, campeones infantiles de la rima humorística, los siameses Do & Ti, dos notas musicales hermafroditas (siguiendo el temprano ejemplo de Applewhite, otros de los suicidas masculinos de Heaven’s Gate se sometieron también a una operación quirúrgica para ser emasculados de sus genitales y alcanzar así la perfección angelical que atribuían a sus padres celestiales⁵²) unidas por un osito de peluche (tras la muerte de Peep en 1985, los miembros del grupo enviaron a su hija algunas pertenencias personales, entre las cuales su talismán más preciado: un osito de peluche⁵³), a emprender, por fin, su viaje sin retorno, su salida hacia fuera. Me aventuro, sin embargo, a conjeturar que los avances científicos gracias a los cuales Heavens’ Gate Aula de Estudios consiguió –o creyó haber conseguido– «pasar de pantalla», se llevaron a cabo en una disciplina de conocimiento singular: la microeconomía del viaje interestelar. Entre las muchas sorpresas que aguardaban a los *cops* surcalifornianos en aquella pavorosa escena del crimen salida de una película de ciencia-ficción, una intrigó sobremanera a los investigadores: en los bolsillos de todos y cada uno de los cadáveres se encontró un billete de cinco dólares y unas cuantas monedas. Días más tarde, un ex miembro del grupo proporcionó, en el programa *60 minutes* de la cadena de televisión CBS, cierta información complementaria que permitía entender mejor el extraño hallazgo del peaje de Caronte en los bolsillos de los adoradores de los ovnis. «Cada vez que salíamos a ver una peli o a dar una vuelta por ahí llevábamos siempre cinco dólares y algunas monedas para dar cambio, en previsión del caso de que tuviésemos que hacer una llamada telefónica por alguna razón imprevista... Los cinco dólares eran por si se nos rompía el coche y teníamos que coger un taxi.»⁵⁴ El depósito ritual de efectivo para el barquero fantasma que cruza el río de la vida llevando a los muertos hasta la orilla Otra, el Hades de los griegos, antiquísimo hábito funerario de los humanos en toda suerte de geografías, tomaba un sentido peculiar en el contexto de la supra reglamentada vida

económica de la secta ufológica californiana. «Nuestra economía se regía por un libro de instrucciones prácticas minuciosamente detalladas, cuya razón de ser era la necesidad de vivir de acuerdo con unos recursos escasos. Pues la nave, en su viaje de un sistema estelar a otro, sólo podría llevar a bordo un cargamento limitado, así que, para prepararnos, vivíamos bajo una rígida restricción presupuestaria.»

La invocación del cargamento espectral, la economía-religión del *Cargo* alienígena, conecta, desde California, con sus orígenes melanesios al otro lado del Pacífico.⁵⁵ Los más listillos de entre los difuntos intentan sacar *afuera* un par de fichas del casino virtual, llevarse alguna virutilla de la hipermatriz aleatoria más allá del más allá, donde tiene vigencia el ‘Principio de relatividad económica generalizada de Krugman’, según el cual los tipos de interés del efectivo en posesión de personas jurídicas que viajan a la velocidad de la luz deberían estirarse hasta el infinito. «En un momento, al principio de su carrera [el economista Paul] Krugman [Premio Nóbel en 2008] escribió, con *intención humorística*, un artículo académico sobre la economía del comercio interestelar, en el que trataba de ajustar los tipos de interés tomando en cuenta la teoría general de la relatividad.»⁵⁶ (No siendo un hecho de escritura verificable, la “intención humorística” de un texto es el producto de la más pura incredulidad lectora: esto no puede ir en serio, ni de coña, imposible, increíble, etc.) Si de algún modo se pudiese estafar al implacable taxista termodinámico, si fuese posible conseguir que aceptase una letra a plazo cósmico, que tomase una opción de compra sobre PIBes siderales fastuosamente crecientes, entonces el largo y penoso viaje espacial que convierte a los astronautas en ancestros⁵⁷ haría con nuestra calderilla *maná*, riqueza fiduciaria inagotable que es a la vez perfección de la especie y paraíso celestial. Pero, ¿cómo hacer para sisarle los cinco dólares al piloto fantasma? A lo mejor todo sería cuestión de escoger el momento oportuno... El momento del momento no puede elegirse, simplemente ocurre, sucede, pasa, *es*, es *algo*: tal vez fuese éste, el error de bulto antrópico que es consustancial a todo cálculo astrológico⁵⁸, el descubrimiento económico definitivo. Definitivamente demoníaco. Definitivamente cerril. La inversión final en investigación y desarrollo de nuevas tecnologías de cálculo que permitirá alcanzar a poseer el secreto alquímico último para emprender con bien el *ultimate trip* del que nadie puede retornar excepto unos pocos elegidos. Los fieles de la iglesia del

Cargou, los colgados de *Star Trek* y esos otros chalados de la fe y la esperanza: los *Jesus' Freaks*.

* * *

«¿Espiritualidad? Gritaba yo internamente al contemplar aquella juventud que salía de los bares ebria de cerveza y descontrol. Las mujeres medio desnudas invocando al dios Baco con unos gritos estentóreos que provocan la risa y el desprecio hasta de sus mismos acompañantes. Y en el fondo de aquellas calles, más allá de la barahúnda de energúmenos sedientos de más y más, las luces doblemente grotescas que pululan en las fachadas de aquellas casas habitadas sólo por ruidos y músicas sin alma y sin nombre. ¿Espiritualidad? Uno se pregunta mientras alarga la mirada e intuye que más allá a lo lejos de la playa sucederá lo mismo que aquí cerca; otros bares, otros pubs... y más allá de donde uno alcanza la vista, y en todas las plazas y en todos los lugares turísticos etc. las mismas cosas y la misma realidad. ¿Espiritualidad? Y una voz dentro que dice: también sobre la basura y sobre una montaña de estiércol puede caer el rocío y verse cubierta de la fragancia de una flor que precisamente brotó allí.»⁵⁹ El autor de estas líneas, encontradas en el capítulo primero de un libro harto original –un intento de construir una “teología del turismo”: género cristiano, especie catolicismo romano, subespecie española, variedad balear–, reverendo padre D. Antonio Alzamora Salom, era, en el momento de escribirlas, rector de la parroquia de Santa Ponça, localidad turística emblemática de la costa mallorquina.⁶⁰

Estas otras fueron escritas por Monseñor Jacques Perrier, obispo de Tarbes-Lourdes, con motivo del jubileo de los 150 años de edad del testimonio de la niña Bernadette Souborious sobre las apariciones de una misteriosa ‘Señora’ en la gruta de Massabielle:

«La ciudad [de Lourdes] o al menos su parte baja ofrece [a los peregrinos] numerosos hoteles y comercios. Desde hace cincuenta años se viene haciendo mofa de sus propietarios, tratándoles de ‘mercaderes del templo’, cuando lo cierto es que se hallan fuera de los límites del templo. Yo me alegro de su existencia y de no tener que hacerme cargo de la gestión de treinta y cinco mil plazas de alojamiento o de tener que vender millones de imágenes de la Santa Virgen!»⁶¹

Es sabido que los fenómenos de apariciones de vírgenes, ángeles, santos y arcángeles constituyen la forma canónica (católica) del modelo tradicional de la visita extraterrestre. (En tiempos recientes, las visiones de Nuestra Señora Aparecida han acabado incluso compitiendo con esta variante ‘tecno’ de los éxtasis proféticos cristianos –los marcianitos– por un mismo nicho en el corazón de las gentes. «¡Anda, anda! ¡Qué *Gospa* [Virgen] ni que ocho cuartos! ¡Habrá sido un platillo volante o una luz de esas!», protestó cierto vecino de Bijakovici, pedanía de Medjugorje, en la Bosnia-Herzegovina, muy cerquita del hoy tristemente famoso polvorín étnico de Móstar, cuando, en la noche de San Juan de 1981, oyó que unas mocosas del pueblo acababan de ver a la virgen en lo alto de una colina junto al camino de Cilici.⁶²) Lo que no es tan sabido es que para la estricta mentalidad materialista del fiel cargoísta, la espiritualidad religiosa de las apariciones marianas / contactos alienígenas y los negocios dramaturgico-cinemático-publicitarios del turismo intergaláctico son una y la misma cosa: la fórmula alquímica maestra para transustanciar un lugar perdido cualquiera – Lourdes, Tanna, Fontecilla, Valdemorillo del Moncayo, Benidorm, el planeta Tierra– en centro del universo. Claro que, como ocurre con toda fórmula mágica *en uso* –la ciencia de la negociación bursátil es el mejor de los ejemplos⁶³– la eventual validación práctica de este ‘método cargosita (milagrero) de creación de riquezas’ supone, paradójicamente, su propia refutación. La trágica historia del pastorcillo alemán Hans Böhm, conocido como el ‘Tambor de Niklaushausen’, quien en el año 1476 declaró que se le había aparecido la Virgen María y le había ordenado abandonar su vida anterior para predicar al orbe su mensaje profético, proporciona un ejemplo proverbial.⁶⁴

Aunque el antiguo pastor era tenido por un hombre simple, de pronto se convirtió en un gran orador y no tardó en seguir los pasos de tantos otros *prophetae*, atribuyéndose poderes milagrosos, atacando al clero establecido bajo las acusaciones tradicionales de lujuria y avaricia, arengando a sus oyentes para que se negaran a pagar impuestos y diezmos, y consiguiendo la adhesión inicial de algunos intereses feudales y eclesiásticos de ámbito local. Así, el parroco de Niklashausen «comprendió en seguida que unos pocos milagros podían atraer numerosas ofrendas a su oscura capilla»; luego admitiría «haber inventado algunos milagros que atribuyó al joven santo». Fue entonces cuando se supo que, moviendo los hilos por detrás del humilde pastorcillo estaba cierto

personaje intrigante de los que nunca faltaban en esas salsas: el apóstata o renegado. Se trataba de un ermitaño «que había vivido algún tiempo en una cueva de las cercanías, habiéndose ganado una gran reputación de santidad. Parece ser que este ermitaño ejerció una influencia absoluta sobre Böhm, intimidándole e inspirándole. Se dijo que incluso la misma visión de la Virgen había sido un *truco* [mi énfasis] empleado por él para engañar al joven pastor. [...] Parece que se le puede atribuir al ermitaño la responsabilidad de haber convertido las peregrinaciones religiosas en un movimiento revolucionario. Debió ver en el tranquilo valle del Tauber el futuro centro de un reino milenarista en el que se iba a restaurar el primitivo orden igualitario.» La noticia de los sucesos maravillosos de Niklashausen se extendió como la pólvora por las aldeas colindantes y al poco empezaron a afluir hacia el lugar vastas multitudes de gentes de la más baja condición. «No sólo la región cercana sino toda Alemania central y meridional, desde los Alpes hasta el Rin y Turingia, estaba conmocionada. Los artesanos abandonaron sus talleres y los campesinos sus tierras, los pastores y pastoras dejaban sus rebaños, y todos se apresuraban –a menudo con los mismos vestidos y llevando sus útiles, martillos y guadañas– para escuchar y adorar al predicador conocido ahora como “el santo joven”.» Las columnas de peregrinos llegaban constantemente: los cronistas hablan, sin duda exageradamente, de treinta mil, cuarenta mil e incluso setenta mil personas reunidas en un solo día en Niklashausen. «Alrededor del pueblo se preparó un ancho campo en el que tiendas de comerciantes, artesanos y cocineros subvenían a las necesidades de los viajeros.» Al fin las autoridades eclesiásticas y civiles consideraron que tal movilización de masas constituía una amenaza potencial para sus intereses y decidieron hacer frente común para descabezar el movimiento. Böhm acabó sus días en la hoguera.⁶⁵

El examen de un extraño suceso paralelo, prácticamente clónico, ocurrido cinco siglos después en el sur de Europa, nos servirá de sutil contraste para mostrar hasta qué extremos intrincados de inspiración reflexiva, reelaboración paródica y efectividad vicaria ha llegado el pensamiento cargoísta en nuestros días. Se trata de la pequeña historia –poco menos que una anécdota, prácticamente solo una ficción– de cómo se rodó la película *Los jueves, milagro* (1957), bajo la dirección de Luís G. Berlanga, cinematográfico hispánico continuador de la eximia obra estético-política del dramaturgo alicantino Carlos Arniches (1866-1943). Espoleado por el detonante inicial de una curiosa historietita recogida de su propio entorno familiar (el relato que le hicieron al

director su madre y su tía de su visita a un pueblo de Castellón para presenciar una supuesta aparición de la Virgen María) y para ver de dar con un argumento original para el guión de un nuevo filme, el así llamado ‘sociólogo que mejor se mete el dedo en la nariz’ probó un eficaz método de encuesta que consiste en componer un anecdotario temático, recopilando «a la buena de Dios y con criterios cambiantes, sesgados y totalmente opacos para uno mismo» curiosidades noticiosas publicadas en la prensa diaria y de la otra a lo largo de período de tiempo extenso pero indeterminado. El hilo conductor del anecdotario periodístico eran aquí una serie de casos, al parecer muy frecuentes en la cuenca europea del Mediterráneo durante la década de 1950 en la estela del exitoso ejemplo de Fátima, de apariciones marianas *fraudulentas* (!), esto es, no reconocidas oficialmente por la iglesia católica –véase más abajo sobre los absurdos que puede generar este lío–, así como las historias de presuntos milagros milagrosos obrados por santos menores y vírgenes dispersas. (Al comienzo de la versión no censurada del filme, mientras corren por la pantalla los títulos de crédito iniciales, vemos al preocupado dueño del balneario en decadencia arrancar disimuladamente la página de una revista ilustrada que informa de las apariciones de Fátima.⁶⁶) Estrenada en Italia como *Arrivederci, Dimas*, el título español de la película (*Los jueves, milagro*) parece haber sido un intento expreso de guiño travieso a los conocedores del caso de las apariciones de Lourdes o, más probablemente, a los familiarizados con el filme *La canción de Bernadette* (Henry King, 1942), adaptación cinematográfica de la novela homónima de Franz Werfel (1941) sobre aquellos sucesos. Parece fácil, entonces, que el archifamoso filme de King hubiese servido también de fuente de inspiración a Berlanga durante sus pesquisas argumentales y visuales previas.

A partir de este material de testimonios familiares, lectura de libros y recortes de prensa y visionado de películas de temática similar, acabó surgiendo la idea nuclear contenida en el borrador inicial del guión, escrito por Berlanga y José Luís Colina: en el arquetípico pueblecito español perdido de la mano del Dios del Turismo y encontrado de la mano del Dios del Cine (véase así mismo el filme *El turismo es un gran invento*, comentado en el apartado siguiente), villorrio publicitariamente renombrado para la ocasión siguiendo los cánones del momento (Fuentecilla => Fontecilla)... el antiguo balneario municipal, otrora importante, se encuentra hoy muy venido a menos.⁶⁷ Y las fuerzas vivas del pueblo, alcalde, terrateniente, barbero, maestro, médico y el propietario del chiringuito mismo, se han decidido a trazar un plan secreto para intentar

revitalizar el negocio o, como se dice ahora, volverlo a ‘poner en valor’. A tal fin orquestan una campaña de ‘marketing de impacto’ con objeto de publicitar las virtudes milagrosas del manantial del pueblo y atraer a visitantes de todas partes del mundo. El primer guión presentado a los productores por Berlanga cuenta cómo se plantea la campaña publicitaria en la forma cinemáticamente autorreferente –marca de la casa absolutamente distintiva del ilusionismo berlanguiano– de un montaje escenográfico-dramatúrgico-festivalero destinado a hacer creer a cierta víctima propiciatoria (Mauro ‘El del tren’, el mendigo-tonto’l pueblo representado en la pantalla por Manuel Alexandre) que ha presenciado la aparición de una criatura celestial muy especial.⁶⁸ No se trata de la Virgen María, ni mucho menos, sino de la única persona que, al parecer, fue personalmente reconocida como santa por el mismísimo Jesucristo: San Dimas, también conocido como el Buen Ladrón.

Cuenta el Evangelio de Mateo que dos malhechores fueron crucificados junto a Jesús en el Monte de la Calavera de Jerusalén, uno a su derecha y otro a su izquierda, y que ambos se burlaron del autoproclamado rey de los judíos. Sin embargo, el relato de Lucas afirma que uno de ellos no se burló sino que se arrepintió de sus pecados y pidió a Jesús que se acordara de él cuando subiera al cielo. «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso», fue la respuesta de éste (Lucas, 23: 43). Según el Evangelio apócrifo (no reconocido por la iglesia) de Nicodemo, el ladrón crucificado a la izquierda del Cristo se llamaba Gestas y el que ocupaba la cruz a su izquierda, Dimas.

Total que Don José, el avaro terrateniente del pueblo y miembro fundador del club de perpetradores bromistas, posee un asombroso parecido facial con San Dimas, vamos con la talla del santo ladronzuelo expuesta en una capilla menor y semi escondida de la iglesia de Fontecilla.⁶⁹ Ataviado para la graciosa ocasión con peluca y barba de pelo de estopa, una sábana blanca enrollada a modo de turbante, chilaba haciendo de túnica y abarcas de pastor haciendo de sandalias romanas (o al revés, qué más da), manto de tela azul celeste con estrellitas amarillas bordadas y una peineta de fantasía a modo de aureola angelical, Don José Isbert en el papel de San Dimas se presenta a Mauro entre efectos especiales de cine de tracamarcas cargoísta (petardos, gramófono con la banda sonora de *La canción de Bernadette*, proyector de luces de colorines, humazo de pajas y una palmera que camina, símbolo supremo del *Cargo* mediterráneo) y le dice que el agua del balneario posee propiedades curativas. El inocente de Mauro, atrapado en la

realidad de la ficción de este teatrillo de las visiones oníricas, correrá por las calles del pueblo pregonando la buena nueva y conseguirá ser creído por un par de beatas.

g6. Teatrillo de la aparición (San Dimas)



[Fotograma de *Los jueves, milagro*, Berlanga, 1957]

La trama del guión primero continuaba con el teatrillo de las apariciones semanales de San Dimas todos los jueves y con la atracción creciente suscitada entre el resto de vecinos del pueblo y luego en la comarca y más allá y allende los mares entre los «turistas con escapulario» de todo mundo... hasta que el fraude era finalmente descubierto por –¡qué mala baba!– «unos pastorcillos». Sin embargo, resultó que la película era una coproducción hispano-italiana (Ariel/Domiziana), y que el dinero de los capitalistas italianos venía de las arcas de un poderoso grupo catecumenal con contactos al más alto nivel en la jerarquía eclesiástica de Roma.⁷⁰

«Primero de modo sibilino y luego mediante la violencia exigieron modificaciones importantes en el guión. Colina y yo habíamos metido ciertas dosis de coña en lo referente al milagro que inventan los del pueblo y algunos diálogos sonaban a homilía pedestre. Ya estábamos rodando y yo, en principio, no hice mucho caso. Decía a todo que sí, pero seguía rodando a mi manera, algo jodido por las intromisiones de aquella gente sin humor que me era completamente ajena. Entonces mandaron a un embajador plenipotenciario del mismísimo San Pedro para que supervisara mi trabajo. Era una especie de agente 007 con licencia para matar al director. Se llamaba –lo juro– Paolo Moffa [...] Varios sacerdotes descubrieron su vocación de guionistas y dedicaban su esfuerzo ecuménico a introducir nuevos cambios en la historia [...] introdujeron un personaje celestial [de verdad] y me trajeron de Hollywood, vía Roma a un actor magnífico, Richard Basehart, para interpretarlo.»⁷¹

En el nuevo guión reescrito con la colaboración de deliciosos agentes eclesiásticos como el entregado reverendo padre Garau («me tuvo un mes en su casa redactándome ochenta páginas del guión como ellos deseaban que se rodara»⁷²) el auténtico San Dimas se acaba apareciendo de verdad, en carne y hueso, si bien bajo una interesante personalidad oculta: el misterioso y veloz Marino, para cuyo papel se contrató expresamente al actor anglosajón Richard Basehart. Más aún: la versión final que se estrenó en los cines debió ser remontada respecto de la copia borrador editada inicialmente para modificar diálogos, suprimir varias escenas rodadas por Berlanga y añadir otras nuevas rodadas, por orden de los productores, bajo la dirección de un realizador sustituto (Jorge Grau) cuyo nombre no apareció en los créditos oficiales de la obra.⁷³ Sin embargo, el remontaje final de la película que se estrenó en los cines era, en palabras del propio Berlanga, un híbrido extraño, curiosamente irónico y aun paradójico, enormemente sugerente, en el que la parte más puramente berlanguiana de la obra, aquella que trataba de «unos pobres sinvergüenzas que inventaban un milagro para salvar un balneario en quiebra [y fracasaban miserablemente]» casaba perfectamente con la doctrina católica ortodoxa, mientras que «la parte que me habían dictado los beatos [sobre los milagros del verdadero San Dimas], estaba totalmente fuera de los dogmas religiosos.»⁷⁴

Marino, que se aparece también en primera instancia al pobrete de Mauro, es un fugitivo de la guardia civil que viste traje y corbata, un personaje medio mago, medio poeta, medio gimnasta y con un evidente punto de chulería en la punta de su piquito de oro. Haciendo gala de «una capacidad narrativa» digna, según la errónea consideración de Berlanga, «de objetivos más ambiciosos [que el de joderme vivo]», la versión revisada del guión que se acabaría filmando proponía que fuese el verdadero San Dimas *in person* quien, tras hacer una primera demostración de ‘facultades’ sumiendo a Don José en un trance hipnótico que le transformará en generoso filántropo, llevase a cabo, con ayuda, justamente, del agua del balneario, una serie de curaciones realmente ‘milagrosas’ de enfermedades graves (pulmonía, infarto) de origen imaginario o bien fingido en las que el paciente acaba somatizando su propio delirio o fechoría. La sucesión de milagros aparentemente auténticos conseguirá atemorizar de tal manera a los hacedores de milagros falsos que acabarán considerando la posibilidad de confesarles a sus vecinos el engaño, aun a costa de desmontar el boyante negocio

insurgente de arrendamiento de plazas de alojamiento y venta de recuerdos milagrosos (en clara violación, mediante la copia fraudulenta y chabacana, de los derechos de imagen reservados de un personaje mitológico registrado legalmente en primera instancia por el Estado Vaticano Inc.)

En la compleja escena final de la peli, los miembros del contubernio, su contrita confesión final agriamente rechazada por las masas de cafres y peregrinos en celo que se enseñorean ya del pueblo, conducen al cura (el jovencito López Vázquez con la voz, francamente anodina, que tenía poco antes de descubrirse su famoso soniquete patentado ‘López Vázquez’) a la habitación donde se esconde Marino/Basehart para que sea él quien confiese a la autoridad terrena ser el verdadero autor de la exitosa secuela de la broma inicial. La suite imperial del balneario, revitalizado su lujo con la presencia del ladrón sagrado, vuelve ahora a estar vacía y polvorienta. Marino ha vuelto a huir de la autoridad. En su lugar ha dejado una admonición de puño y letra para sus compinches (argumento: la fe mueve montañas) acompañada de una foto dedicada... para el cura. Con ella le anima a sustituir, en la talla eclesiástica del santo hermético, el poema de la cara carpetovetónica de Don José, por la facha impecable del extranjero enredador y bondadoso, artero, fugaz y... maravilloso.

La vida es rara i es absurd el mond (Sisa). Y ‘Nuestro Dios’, muchos: todos éstos junto a nos, con sus guías de viaje, su coloración de gamba, su inglés comercial, su cogorza de sangría y sus cámaras digitales. *S’univers es una festa* (Antònia Font).

* * *

En la segunda de sus apariciones estelares en la gran pantalla –la escena final del filme *La vida de Brian* de los humoristas británicos Monty Phyton (1979)– el Santo Buen Ladrón (Eric Idle) silba y entona para Jesús la optimista canción *Mira siempre el lado bueno de la vida* (*Always look on the bright side of life*), una de cuyas alegres estrofas dice así:

Ya te darás cuenta de que todo esto es un montaje [*show*],
así que ríete mientras puedas, pero recuerda
que la última carcajada será a costa tuya.⁷⁵

I.3. Ahora sabemos

Los yankis han venido, ¡olé, salero!, con mil regalos.
Y las niñas bonitas van a obsequiarles con aeroplanos.
Con aeroplanos de chorro libre, que corta el aire,
y también rascacielos bien conservados en frigidaire.⁷⁶

Me atreveré en lo que sigue a dibujar no una línea sino un conjunto esponjoso hecho de puntos rojos, una cuenca de atracción fractal, anecdótica, simbólica y gratuita, extraña por tanto, dentro de la cual sea posible *ver* cómo el goteo de un grifo perdido en el gigantesco sistema de conducciones de la economía bélica planetaria, uno de esas llaves de paso a la infinita subcapilaridad global que quedó mal cerrada al final de la Guerra del Pacífico, capítulo sanguinario mayor de la Segunda Guerra Mundial, ha empezado ya a convertirse –siquiera sea para los editores de las guías de viajes Lonely Planet– en un verdadero chorreo de dinero.

El principio de la perdición económica es éste: desde el primer día, el mundo de todos los días, el «vivir como si nada», que no es un arte sino un sueño prolongado del que nadie ha despertado nunca, comenzó lenta pero inexorablemente a trufarse con las mil y un *performances* que cumplen el mantenimiento cotidiano de un estilo de vida *risueño*. Ahora que el motor está ya lo bastante caliente y lubricado para inyectarse en la alegre rendija objetiva, la cosa empieza a *prostitufesionalizarse* de veras. Ya es media noche en Tanna. «Viven en la Edad de Piedra. No trabajan, no conocen la caza ni la pesca, no siembran, no cosechan otros frutos que los que la tierra les regala. [...] Son de apariencia normal. Los niños, muy hermosos, reciben los mejores alimentos. Sus madres los amamantan hasta los cuatro años [...] Viven en varias cuevas pequeñas en las que pasan la noche. Durante el día se reúnen hombres, mujeres y niños en la cueva principal y matan el tiempo retozando, bromeando, no trabajan, son como animalillos pacíficos, vegetan. [...] Aquel anciano, de quien no existe más recuerdo que la transmisión oral de su vaticinio, predijo que un dios llegado del cielo vendría a verlos. El dios llegó no lo dudan, es el piloto de la avioneta: les ha visitado solamente tres veces desde que fueron descubiertos.»⁷⁷ Entramos en la permanencia de la sonrisa, esta interminable visita guiada a la ciudad de las artes y las ciencias donde siempre es fiesta sagrada del trabajo. Debajo de los adoquines estaba la playa y debajo de la playa estaban los ladrillos. Bajo

la venerable mezquita magnética se han descubierto las ruinas de Marina D'Or, ciudad de vacaciones.

* * *

El correlato fílmico, rebajado por tanto en cuanto a poder de abstracción, de los inigualados escritos de Ángel Palomino sobre el “milagro turístico español”⁷⁸, es una producción cinematográfica de Pedro Masó con guión del propio Masó y dirección de su compinche Pedro Lazaga que fue estrenada el año de gracia de 1968. La trama de *El turismo es un gran invento*, que así se llama la peli, ofrece algo así como la versión poética (tragicómica) de la ecuación estructural que deben resolver los técnicos econométricos de la oficina central de planificación económica: cómo transformar la soledad en compañía. El atraso en progreso. Para quien sea capaz de despejar vitalmente, una a una, la legión de incógnitas abstractas sucesivas (¿suecas? ¿playa? ¿hotel? ¿autopista? ¿ferrocarril? ¿aeropuerto? ¿crédito bancario? ¿subvención ministerial?) se ofrece una maravilla de premio gordo al otro lado de la igualdad: Torremolinos.

El inicio del filme postula una entidad económica originaria, arquetípica: sea X, un pueblecito atrasado radical e imaginariamente español en el clímax del período desarrollista de la década de 1960: Valdemorillo del Moncayo, perdido en el interior de la península ibérica, económicamente primario (melocotones, higos, gallinas), ideológicamente tradicionalista (misa, paseo, mus y dominó) y en bancarrota demográfica (todos los jóvenes a excepción de la sobrina del alcalde han emigrado en busca de trabajo y diversiones a Barcelona o a Alemania). Animados por las noticias del ‘milagro turístico español’ que traen todos los días el periódico, la radio y la televisión, Benito, el alcalde (Paco Martínez Soria) y Basilio, el secretario municipal (José Luís López Vázquez) del imaginario pueblecito aragonés, salen hacia el sur, a la Costa del Sol, para ver «qué es lo que han hecho en Torremolinos». Subyugado por la feliz intimidad con un cuadro artístico de “imponentes señoritas extranjeras” (las Buby Girls, grupo de *vedettes* presuntamente suecas que actúa en la sala de fiestas del Gran Hotel Meliá Don Pepe de Torremolinos⁷⁹) en el entorno de fantasía que proporciona el lujo hostelero moderno, el alcalde revela su cara más rumbosa. Pero a su vuelta al pueblo deberá hacer frente al monto disparatado de las facturas que dejó en el Don Pepe. El

brutal hachazo hacendístico de Marcial, el capitoste local que se comprometió a costear los gastos de su primera excursión, le confronta también, por extensión, con el duro problema técnico consustancial a todo proyecto de desarrollo económico: dónde y cómo encontrar fuentes de financiación inicial.

Parten entonces, en segunda salida, Benito, Basilio y Marcial (interpretado por Rafael L. Somoza) hacia la capital del reino, Madrid, para intentar convencer al ministro del ramo para que subvencione su proyecto de desarrollo turístico. Por supuesto, el ministro se niega a recibirles pues no han concertado audiencia con antelación.⁸⁰ De vuelta a casa tras la derrota por los despachos gubernativos y los restaurantes cortesanos de la capital, segunda estación de un mundo exterior suprainministrable, megaurbanizable, procomfortable e hiperfeminizable, la resolución final de la fantasía fílmica obtiene el objeto por excelencia de la política de desarrollo turístico del fugaz Marqués Calzonazos de Palomares, Don Manuel Fraga, el más improbable profeta *cargo* de los territorios ibéricos: un Parador Nacional de Turismo.⁸¹ Como alternativa a la industria espontánea del sol y la playa, dones celestiales instalados a perpetuidad y de forma natural en el último grito de la moda, pero indiferentes, cuando no refractarios, a la acción interventora de la tecnocracia ministerial, la gran agencia publicitaria estatal –el cine nacional, hoy cine de barrio– parece proponer aquí unas vacaciones planificadas a la sombra remozada del ancestral castillo interior.

g7. Cada pueblo, su propio Parador Nacional de Turismo



[Fotograma de *El turismo es un gran invento*, Pedro Lazaga, 1968]

La última secuencia del filme comienza con el pregonero del pueblo, que llega corriendo hacia el alcalde trayendo una carta urgente que acaba de llegar desde Madrid: el ministro de ficción atiende por fin la solicitud de audiencia de los de Valdemorillo. Para celebrar la buena nueva, el secretario municipal es conminado por la compañía

para que interprete una jota a capella. Cambia el plano y vemos al héroe invisible del filme, el joven emigrante, que regresa caminando al pueblo y se abraza con la sobrina del alcalde que ya desesperaba de que volviera. En el plano de cierre final, ambos se unen a un grupo que baila la jota ataviados no con trajes regionales sino con ropa urbana (pantalones y jerséis), bajo una pancarta que anuncia la próxima inauguración (previa construcción, se entiende) de un parador nacional de turismo en el pueblo.

* * *

Por debajo de la identificación explícita de su argumento con la cosmovisión neohispánica del ‘planeta paleta’ que espontáneamente asociamos con la obra del dúo doblemente casposo de los cineastas Masó y Lazaga y los actores Paco Martínez Soria y Alfredo Landa⁸², la alucinada banda sonora musical del filme, una de las huellas más originales e indelebles del petardeo sesentero ibérico, se presta a una lectura poética, subliminal, tanto o más poderosa. Varias de las escenas nucleares que detonan, anudan y desenlazan la historia del filme van acompañadas a una armonía rítmica de aromas protoeurovisivos, un *ritornelo* vocal, plumífero y achampanado construido a base de fraseados corales en bucle ascendente-descendente (*parabarába // parabarába // parabaraba-y-u-bá*) interpretados por un conjunto de alegres señoritas.⁸³ Comentario aparte merece la compleja canción *Me gusta hacer turismo* que acompaña los títulos de crédito introductorios de la peli. La música del tema es el auténtico prototipo del sonido “dabadaba”, estilo musical emblemático del desarrollismo franquista que mezcla a partes iguales el hilo musical de los vuelos transoceánicos (*easy listening*) y los alegres estribillos cacofónicos de las canciones de Eurovisión. La letra, por su parte, cantada a dúo por una voz masculina y otra femenina, se diría sutilmente inspirada por un encargo promocional igualmente híbrido:

*Me gusta hacer turismo
es algo estimulante
es una emocionante
manera de aprender.
Olvide sus problemas
no piense en los negocios
y déjele a sus socios*

el debe y el haber.

Paraba parapapara...

*Relájese en la playa
consígase un flirteo
y sienta el cosquilleo
del sol sobre su piel.
Y luego por la noche
con un güisqui delante
descanse en el sedante
sillón de un buen hotel.*

Hay algo en estos versos, una especie de subtexto implícito en la referencia a la función humanista del turismo y la identificación del hombre de negocios como blanco promocional del sibiritismo hotelero, que me parece consistente con el que considero el verdadero matiz diferenciador del cómico plan fílmico de desarrollo rural de Valdemorillo del Moncayo: junto con los destinos baratos para las masas –entonces en pleno auge publicitario con el turismo llamado “de sol y playa”–, la letra de la canción sugiere también, se diría que a contrapié de su propia envoltura musical (pues el «dabadaba» es el sonido que mejor armoniza con la economía *pop* de los paquetes hoteleros “todo incluido” que dieron fama mundial a Torremolinos y Benidorm), otra oferta alternativa: el turismo de paradores nacionales⁸⁴, la escapadita interior para descanso, solaz e ilustración de bolsillos más profundos, cosmopolitas y torturados que los de la jodidamente alegre clase obrera. (Lo que iría que ni pintado como acompañamiento musical de esta promoción turística secundaria, una vez descartado el *Canon* de Pachelbel con el que José Luís Garci quiso subrayar el verde esplendor de la montaña asturiana en su oscarizado filme *Volver a empezar* (1981), sería alguna cántiga mozárabe o sefardita del siglo XIV).

Con *El turismo es un gran invento* Lazaga y Masó, pareja de nombres cuya sola mención llena de espanto el alma cándida del cinefílico academicófilo para quien representan la quintaesencia de la abominación misma (la españolada, películas de “caspa y pana”, “cine de barrio”, arte de serie Z), inauguraron, entonces, un nuevo área

–que con el tiempo se mostraría estratégica– en el desarrollo publicitario de la industria turística nacional: las campañas públicas de promoción del turismo rural de masas.

Ya en la década de los 90 del pasado siglo, y quizás, en parte, para tratar de ofrecer un remedio pedagógico contra este síndrome autóctono crónico del autodesprecio sistemático de lo autóctono, los productores públicos del formato televisivo pionero en el *marketing* a gran escala de destinos de turismo rural para el mercado interior (*Un país en la mochila*, TVE, 1993-1999) pensaron que la devaluada figura del excursionista patriótico, reo de simpatizar con los palurdos de lágrima fácil que solía encarnar el actor aragonés Paco Martínez Soria en las pelis de Masó y Lazaga, debería ser encarnada en la televisión pública por otro maño de aptitudes y maneras más estimables para los *targets* de clase media urbana con los bolsillos más profundos y el ánimo más decaído. Y así decidieron ofrecerle la conducción del citado programa al historiador aragonés, cantautor y notorio republicano de izquierdas José Antonio Labordeta, el estremecido.

g8. Labordeta, guía televisivo de la España agroturística



[Fotogramas de *Un país en la mochila*, TVE, 1993-1999]

Provisto de gorra de visera, vara de fresno o similar y morral a estrenar bien surtido de mapas y fichas descriptivas, erudito hispanista disfrazado de paisano, el popular andarín del bigote poblado y los ojicos cantarines bajo las negras cejotas dedicó largas horas de metraje televisivo a enfatizar, con el vozarrón de su retórica datada («un aire despavorido, estremecedor y épico, recorre mis pupilas»), la sucesión de tomas de las

distintas paradas obligatorias a lo largo de un itinerario ideal de “escapadas de fin de semana” por los “tesoros escondidos” en el interior comarcal de la vieja España agraria, que es ya la nueva España agroturística. La isla de La Gomera, la sierra de Segura –Jaén– el Maestrazgo turolense, las Encartaciones vizcaínas, el Valle de Ambroz –ruta cacereña de la plata– el Valle de Andrax –en la provincia de Almería–, el navarro Valle del Roncal, el Aliste zamorano, la Tramuntana mallorquina, la Sierra de Aracena –provincia de Huelva–, el Alto Tajo alcarreño, el Campo de Calatrava manchego, el delta del Ebro en Tarragona y otras cuantas rutas ejemplares. Paisajes y arquitectura, fauna y flora, gastronomía tradicional (las migas de pastor, el vino de pitarra), pequeños monumentos-señuelos artísticos, yacimientos arqueológicos, festividades locales con sus correspondientes espectáculos públicos, folklore religioso y pagano, músicas y danzas populares, artes industriales (alfarería, tejidos), pesca, minería... El catálogo al completo de la antropología de los pueblos de España, restauraciones originales de nuestros más queridos fantasmas patrimoniales, más el postrer añadido teratógeno-terapéutico de las mil y un indicaciones y contraindicaciones *europedas*, barroco complejo de regulaciones, ordenaciones y prohibiciones emanadas de la ‘pac’ con su complemento subvencionador adherido e igualmente laberíntico de iniciativas, proyectos y programas de “dinamización” y “potenciación” de zonas agrarias “deprimidas”.⁸⁵

Todo ello bajo el acompañamiento sonoro de prácticos parlamentos informativos, rondas glosas literarias y párrafos escogidos del manual cosmopolita del buen vivir, trufado de entrevistas improvisadas a los lugareños (campechano el tono cenizo: «Y las cosas por aquí mal, ¿no?», «El futuro de la comarca, fastidiado, claro...», «¿Aun os quedan ánimos para seguir?», «Porque me imagino que no le veis salida a esto...»); libro de reclamaciones propio a disposición del público: «¿Qué le pedís vosotros a La Administración»), y sazonado en los momentos cumbre con sentidas poses de ensoñación poética por parte del artista. Simbólico acorazado propagandístico de la explosión comercial de los ‘puentes’ y ‘acueductos’, los ‘findes’ y las ‘escapaditas’ («¡Al fin solos!»), el zurrón videográfico del tan reiteradamente sobrecogido Labordeta ofreció a la audiencia cualitativa de La 2 de TVE –y por extensión a sus familiares y amigos– un completo muestrario de ‘clips’ que documentaban la existencia de hechos etnológicos susceptibles de ser “puestos en valor” por obra y gracia de diferentes iniciativas de capital mixto –así la hoy floreciente industria de las ‘casas rurales’ y los

‘hoteles con encanto’.⁸⁶ Y así fue que el ala izquierda de la televisión pública lanzó al emergente y ya pronto masivo mercado *glocal* de productos y servicios ecoturísticos y agroturísticos el bombazo del nuevo siglo: el vicio senderista –decimonónico y elitista como ninguno– de los profesoriales amigos del país y sus epígonos regeneracionistas, limpio de polvo y paja, listo para empaquetar. El capítulo inicial de la serie, emitido con el título de ‘Al sur de Alicante’, contenía una inteligente declaración de intenciones: las primeras andanzas cara a la galería del diputado tardoprogre de provincias por la piel de toro *fin de siècle* discurrían –muy agudo, productores– por el reverso interior de la marina baja alicantina. Dando deliberadamente la espalda al gran imán turístico de la zona, la localidad de Torrevieja, uno de los principales santuarios peregrinos para las masas eurovisivas de adoradores de las vacaciones al sol –«nuevo vellocino de oro»⁸⁷– la cámara-mochila del beduino bajoaragonés nos mostraba los proyectos de recuperación del Palmeral de Elche, el arte tradicional en un taller de tejedores de esparto de Crevillente, la faena de unos pescadores de bajura de Santa Pola y, como colofón, la casa museo del poeta Miguel Hernández en el Ravaloch de Orihuela. «Les ha correspondido... ¡un apartamento en Torrevieja, Alicante!», enunciaba un famoso “consejo publicitario” hábilmente encubierto, allá por principios de la década de 1980, en la voz emocionada más allá del deber de Mayra Gómez Kemp, la presentadora del concurso televisivo *Un, dos, tres*, millonario en espectadores. Década y media después –toda una vida en materia de *marketing* turístico– el señor de la garrota ilustrada entonaba, con pausada prosodia profesoral, otra cantinela: «Empujado, no sé muy bien si por las repetitivas propagandas televisivas y periodísticas o por encontrar la verdadera razón de lo que aquí hubo y encontrar sus huellas, hasta esa comarca me dirijo.»

Pese a las apariencias denunciatorias, el mensaje de la apertura televisiva de Labordeta no me parece que consista en convencer al público de que, con el manido “esfuerzo de todos”, sería posible traer al mundo real una alternativa ideal de ocio viajero radicalmente refractaria a las horteras del *Un, dos, tres* y a su matriz eurovisiva. Sino que, como en el famoso ripio de MacLuhan, el mensaje es aquí, más bien, el propio medio que permite comunicarlo de manera masiva: un eficiente soporte de consejos publicitarios *complementario* de y *sinérgico* con esas mismas “repetitivas cantinelas televisivas y periodísticas” de las que hace retórica referencia peyorativa. Definitivamente, el querido ‘Herr Professor Hegel’ hubiera visto *Un país en la mochila* como puro vehículo del autocumplimiento inconsciente de la astucia histórica del

negocio turístico patrio que, paciente pero incontenible, urde espontáneamente, más allá de nuestra esfera de pensamiento y acción, su plan perfecto de expansión *glocal* maximal. Y es que siempre puede encontrarse una razón convincente –especialmente si es una de esas que hacen vislumbrar un segundo nivel de consciencia reflexiva– para hacer que el sedentario más suspicaz mueva el culo del sofá y oreo el monedero donde guarda la substancia que mueve al mundo a pedir / servir pan de molde en casa de la hogaza. «[A]l fin y al cabo, el trabajo del publicitario, que debe escenificar el valor de su producto, no es tan distinto a la tarea de una sociedad al llenar sus situaciones de ceremonial y de signos rituales destinados a facilitar la orientación mutua de los participantes. [...] Tanto en la publicidad como en la vida queremos poses brillantes, queremos exteriorizarnos; pero en la vida, buena parte de la película carece de interés. En todo caso, posemos para una fotografía o cumplamos un verdadero acto ritual, nos entregamos a una misma representación ideal de carácter comercial que se supone describe la realidad de las cosas.»⁸⁸

Es por esta razón que el trabajo (artístico) de conversión del mundo ordinario de la vida cotidiana en una colección de imágenes viajeras (recuerdos, *souvenirs*) que toman cuerpo bajo la forma elemental de la tarjeta postal, ofrece una suerte de modelo analítico puro para empezar a interpretar la historia –cierta historia contemporánea– de la imagen comercial en la nación que jamás existen.

La capital de esta nación es una *postal radioactiva*. Como la Barcelona de la década de 1950, ciudad «turística y doméstica» donde se recrea la inocencia del músico (Sisa/Solfa⁸⁹). Como la imagen corralera de la guerra civil española de la que se enamora el torturado montador de documentales (Hans/Basilio⁹⁰) protagonista del largometraje *Madrid* de Martín Patino.

g9. Postales de la ciudad donde el viajero se sueña niño



[Fotografía del *carrer* Poeta Cabanyes de Barcelona y su reproducción onírica en el disco-libro de Jaume Sisa *El Viajante* (El Europeo, 1996)]

g10. Ficción documental de la Gran Zarzuela Sangrienta



[Fotograma de *Madrid*, Basilio Martín Patino, 1987]

* * *

Esta noche, en uno de esos lugares perdidos de la mano de dios que gustaba trajinarse la cámara-zurrón de Labordeta, los americanos y los ingleses les van a empezar a zurrar la badana a los iraquíes a través de un transistor encendido en una plaza abierta entre cuatro casas que se deshacen. Quieren quedarse con su petróleo y quieren que devuelvan las armas que les compraron a los franceses. Cómo no acordarse ahora del pastor aquél al que le pegaron dos tiros en mitad del monte, cuatro días después del alzamiento de los nacionales, cuando empezó la guerra, por dar vivas a la República en vez de vivas a Franco. Otro pastor de ovejas negras en el mar de la tranquilidad castellana, ex policía marroquí exiliado en el páramo de Soria, recita un viejo proverbio árabe a su improbable compatriota, el maratoniano tangerino, tercero mejor del mundo el año pasado con su selección nacional, que atraviesa todas las tardes, en poco más de quince kilómetros, los ochocientos años que separan el castillo moro que fue del hotel rural 'con encanto' que será. «Las montañas no se mueven, los hombres sí», le dijo el vigilante al corredor de fondo. Y también: «Los atletas viajáis por todo el mundo, no os dejáis ni un solo país sin visitar.»

g11. *Las montañas no se mueven, los hombres sí*



[Fotograma de *El cielo gira*, filme documental de Mercedes Álvarez, 2004]

La historia de la humanidad es un circuito de entrenamientos campo a través para atletas de paso en mitad de ninguna parte. La vida dura lo que dura un soplo, pero «si es cierto que los americanos han encontrado allí restos de agua como dicen, pronto tendremos todos que emigrar a Marte.» Fue esta gramática parda de la perdición-proliferación biocósmica, el abismamiento metafísico que alienta la soledad pagana de sus trabajos y sus días («Hasta el final crees que vas a vivir para siempre»), la que ganó para los protagonistas de *El cielo gira*, la película documental de Mercedes Álvarez (2004), premios en los certámenes artísticos más afamados de Europa (el Festival ‘Cinema du reel’ de París, el International Film Festival de Rotterdam) y la mención de honor del enviado especial británico en su última noticia hispanista a los lectores del Imperio.⁹¹

El caso es que a los olvidados de Aldealseñor, Soria, verdadero equivalente de no ficción de aquel Valdemorillo del Moncayo ideado por Lazaga y Masó en su filme *El turismo es un gran invento* (1968), les separa ya un porrón de años luz de la economía terrible de la supervivencia animal en la que moraban los primeros héroes ancestrales del cine antropológico español, la surrealista familia hurdana filmada por Buñuel (*Hurdes, tierra sin pan*, 1932: «Considero Las Hurdes como una de mis películas más surrealistas»⁹²). A la vez, están aun a megaparsecs cosmogónicos de distancia del frenético mundo electro financiero de los *wizzkids* ciberespaciales del Silicon Alley de Nueva York retratados en el documental *Startup.com* de Chris Hegedus y Jehane Noujaim (2001). Hermanos de sangre de los constructores melanesios de catedrales del ‘Cargo’ (*Mondo Cane*, Cravara y Giacometti, 1962) y vecinos lejanos de los pescadores tanzanos de la orilla del Lago Victoria que aguardan cada día la llegada del caballo de Troya aéreo con su *cargo* letal de fusiles kalasnikov (*La pesadilla de Darwin*, de Hubert Sauper, 2004), Antonino, Silvano, José, Josefa, Aúrea, Cirilo y los demás, viven a

cuarto y mitad de camino entre la noche oscura y ventosa de los tiempos helados y el futuro actualísimo de los complejos vacacionales en Marte. «¿Vacaciones? ¿A mí? ¡A mí no me las han *dao* nunca!», le dice a carcajadas el pastor de ovejas al labrador jubilado. «Yo tengo el tiempo por castigo.»

* * *

Al doble de San Adolfo Hitler, el Papa Negro del Nuevo Israel, lo suicidaron los últimos nazis en el *bunker* de Berlín. El original fue milagrosamente encontrado, con noventa años de vida a sus espaldas, por un grupo especial de agentes del Mosad en el corazón oscuro de la selva amazónica. Luego de trasladado cuidadosamente hasta una celda preventiva dentro de la multiamurallada superurbanización de los extraviados celestes en la terrena Jerusalén, fue condenado por el tribunal supremo del rencor eterno entre los labradores y el desierto a vagar durante sus últimos años «como un turista viejo y gordo» por la tierra prometida.⁹³ La contemplación incesantemente repetida del flequillo y el famoso bigotito del peregrino final en Tierra Santa sirve de recordatorio a los parias de la vieja religión. La opulenta barriga de sus muchos años de mamoneo frotada contra el Muro de las Lamentaciones. Los andares de pato arrastrados por el Monte de los Olivos. La riñonera ridícula de *nylon* para las tarjetas de crédito bamboleándose dentro de la iglesia del Santo Sepulcro. La cámara digital colgando del cuello ante la dorada Cúpula de la Roca. Se recuerda así a los agentes dobles, triples y cuádruples de la clandestinidad egipcia y a todos los demás forasteros ambulantes que les siguen en su búsqueda salvífica que en el origen de una nación no hay verdad sino misterio total. Que bendición –*un solo día en los atrios del Templo vale más que mil en cualquier otro lugar* (Salmos, 84, 10)– es perdición. *Oferta Israel. Jerusalén soñado. 5 noches desde 868 euros.*⁹⁴ Luminosidad ilocalizable. Castigo del tiempo. «Era como pasear por el interior de un mito. Ahí estaban los lugares que procuraba imaginar durante mis meditaciones: el huerto de Getsemaní, la Vía Dolorosa y Ein Karim, el hogar de Juan el Bautista... Sentados en lo alto de la Basílica de la Natividad, bebimos café árabe que Ahmed llevaba en un termo y nos fumamos unos cigarrillos mientras contemplábamos a nuestros pies la plaza del Pesebre... Ahí estaba yo... disfrutando de una improvisada merienda en el lugar donde nació Jesús.»⁹⁵ Si la raza es una burla y la pureza es la burla de la burla, entonces el forastero abominable es el más alto de los

nuestros: tal como se temieron los negros isleños de la edad de piedra en su primer contacto con los hombres blancos que tripulaban la nave fantasma del *Cargo*, éstos, los turistas y sus cámaras, no son hombres. Son sólo dioses. Pero calla ya, loco.